

Versos de cristiano viejo, cada palabra esconde un secreto amor; y, de entre estos, el primero es Dios, según le oí a un conocido de mi barrio, en las siguientes rimas:

El primer amor es Dios,
El segundo, la botella,
El tercero, la mujer,
Y el cuarto, reñir con ella.

No quiero que se me confunda ni con moros, ni con ateos. Pienso que a España ya le sobran enemigos, tanto dentro, como fuera de ella. No la entiendo separable del cristianismo, aunque sí del clericalismo. Y a mí no me entiendo sin ella.

ANDRÉS IGLESIAS AGUILERA
VERSOS DE CRISTIANO VIEJO



VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

ANDRÉS IGLESIAS AGUILERA





ANDRÉS IGLESIAS AGUILERA

**VERSOS
DE CRISTIANO VIEJO**

Primera Edición: diciembre 2014

© Andrés Iglesias Aguilera.

ISBN 978-84-09-18492-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO.

Estos versos, lector, aún con toda su declarada intención, carecen de unidad temática. Fueron escritos de manera espúrea, no completamente diarréica, como epílogo y epítome de un buen poemario, llamado “Rey por un día”, que se me fue ocurriendo conforme las cosas se quedaban en palabras en la Cataluña mesiánica de Arturo Más y los incidentes violentos de Madrid. Si alguno me pide la biografía completa de este poemario, le diré que no viene al caso; no pregunto nunca por las causas, si no por las consecuencias. Y éstas, estoy seguro, van a demostrar que los españoles sabemos darle la vuelta a una derrota y convertirla en resonante triunfo. Los que quieran partir a esta gran patria, descubrirán que no es tan fácil picar la piedra. A título particular, les diría que yo me he pasado la vida intentando romper un diamante con la cabeza; un camarero me dijo una vez:, quizás harto de verme borracho “Es posible; pero, ¿cómo quedará la cabeza?”.

A cabezones no nos gana nadie; ahí está Machado, que ya lo dijo. La honestidad intelectual, la honradez para con los hechos, las ideas y las situaciones, son privilegio de los que se han preocupado por cultivarse e informarse; sigue existiendo pueblo llano en España, y vulgo retrógrado, que no hay peor azote de una nación. A éste le han venido bastando las viejas fórmulas:

Franco=Maldad=Derecha;

Izquierda=Bondad=CaféParaTodos.

Mi padre nació en el treinta y seis, el año de la guerra. Supo verla en perspectiva porque mi abuelo, que se llamaba Pablo Iglesias, le tuvo informado. El moderno de “Podemos”,

ANDRÉS IGLESIAS AGUILERA

si se fuerzan los carros y las carretas del arriero, tendrá migas suficientes para repartir, si los que conocemos algo de la tela de la que está hecha esta patria se la llenamos con nuestro trabajo. No me preocupa mayormente. Yo sé que Franco no fue la causa de su tiempo, sino la consecuencia de un estado general de violencia y desórdenes públicos. Sé que las verdaderas bendiciones de este pueblo sólo las traen los esfuerzos de sus capitanes. En poeta me quedo. Y, fiel al nuevo Rey, Don Felipe, también dispuesto a pechar su tierra. Todo esto lo digo por más señas.

Las que a éste poemario le quedan por dedicar son breves; no conforma más que un rimero, y no de los ajos de las “espáis gerls”, si no, como por su mismo nombre indican, de los de alguien que se declara, a un tiempo y conforme al auténtico sentido de las palabras, agnóstico y creyente. Para que Dios asome al mundo serán necesarios muchos más equívocos afortunados que los que caben en un poema, en una interpretación de la vida, la naturaleza y los acontecimientos. Y será necesario que en ella concurren todos los que alguna vez tuvieron la fortuna de creer y esperar contra el viento y la marea, por muy sañudos y fuertes que fueran los tiempos. La vileza saca pecho, pero la fortaleza resiste. Castilla no ha terminado.

Éstas que ves aquí, pues, lector, son las rimas de un cristiano viejo. No voy demasiado por Misa, pero de vez en cuando bebo y blasfemo, como buen católico; y sé llamar por su nombre al vino tinto. Te diré, en un apunte más personal y de más sentimiento, que he padecido mucho, tanto de cuerpo como de alma, en esta vida; y que no hay otra manera de hacer bien algo, si quier que esto que aquí te presento, te acaba pareciendo

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

agradable. Soy rancio, y fui jurado en el premio Castillejo. El
mío, lector, eres tú.



INVITACIÓN.

Palabras de la maravilla
Acudid a mis labios, acudid a mi boca,
Palabras almas, en su punto,
Posaos en mi lengua,
posaos en mis dientes de astilla...

Palabras, palabras de sabios,
palabras de mullida roca
Asentaos en mis asuntos
Venid, alas de oídos, pechos de suspiros,
aires de la manzanilla...

Venid, venid sin la mancilla
A mi boca, a mis labios, que son poca cosa
Verbos de sal y verbos presuntos
Verbos ocultos en negras comidillas
Prejuicios ocultos de toda mi arcilla
Venid, verbos supuestos e inflexos
entre barrocas
Leyendas arábigas y arquitecturas sencillas...

Soy puerto, puerto surto
Móvil seno y nido en volandas
Y ritmo y danza de las semillas

ANDRÉS IGLESIAS AGUILERA

Y giro rotado por tronos de sólida esposa
E inmóvil proyectil, pensamiento de gavilla...

Venid, palabras de las esporas
Venid en las horas que barrunto
Cuando todo calla y es genuflexo
Venid a mi, en las horas del silencio
Palabras de la noche y palabras del día...

No quede mi ejemplo maldito esputo
De sangres ajenas, ni de crímenes, ni de sevicia...

Venid,
Como tuba perpetua y rapsoda
Como banjo canónico y como guitarra
Como violín o piano o palabras de China...

Venid, que sois trasuntos
Espejo de idiotas y espejo de genios...

No sois el final, que es el acto y la obra,
Pero sé que la vuestra es la buena guerra
La mejor, la pacífica, humana,
Que también demostré mi valor...

Venid a mi, palabras sin la rencilla
Agudos sedales que la tarde despistan
Anzuelos sagrados, pacíficas Bastillas,
Venid entre el Sol de los jarales
Sobre la magra tierra de Castilla.

I PRESENTACIÓN.

Se me podría confundir con un soldado;
Cuello de toro, anchas espaldas, gesto serio
Bien plantado y en guardia sobre el suelo
Si no fueran mis ojos mirando por su lado
Cada uno, cual de lagarto bien aficionado;
Y también porque soy grandísimo propenso
A inyectarme en vena poliedros
De los huevos, los dos míos son cuadrados.
Y el ceño, tan fruncido que lo tengo
Se derrama en cataratas bufonescas
Y en reír de grande sentimiento
De minucias y de sombras chinescas
Que en las fotos salgo yo poniendo cuernos,
Y si son las del carné, como arabescas
Son mis barbas de chiflada soldadesca;
Y en el ser y en la manera soy calmado
Y me gusta tocar los cojones más serenos
Y reírme del mundo en buena fiesta.

II ORACIÓN.

Padre del alma mía,
Tentando voy los muros del silencio
Con tripas de cristal y de cuchillo
Queriendo oír, quedando muerto
La voz de las almenas y muros del castillo.

Padre del alma mía,
Tan negro y luminoso el universo
En silencios de bosque de cuculillos
Tan grande y espacioso y nuestro
Y andamos matándonos por grillos.

Padre de noche y día,
Padre del alma y de los muros rectos
Padre de la achatada esfera y padre de los pillos
Pidiendo blanco y recogiendo negro
Voy trasudando tu silencio de infinito,

Temiendo la risa y la alegría
Por igual en cauces divisos e intersectos
De mares de sangre y de dolores fríos
Con un ojo en el abismo, al que venero
Con el otro en tu risa de señor sencillo.

Señor tú, del alma mía
Vientos te llaman de olores resurrectos
Vientos te llaman de poder y de vacío
En galernas que reclaman los silencios
Por do voy deshecho, rogándote y partido.

Abismo soy, sordo quien ría,
Abismo de sed, yo único, yo selecto,
Abismo de reyes y abismo de mendigos
Entre profetas, arenas y voz de los desiertos.

¡Oh Dios, Sol de la semilla!
¡Sol de la parda y Sol más manifiesto!
Tan grande es el poder que va contigo
Que mantiene a los lugares en su puesto.

¡Padre del alma mía!
Te lloro con la fuerza de tus besos
Te lloro desde abismos, con dolor te pido
Amable muerte en tu grandísimo consuelo
Maguer que lleve yo vida de pito.

¡Dios de la manzana fría!
De la sangre, Señor, y de sus muertos
Tan grande grito llevo como amigo
Que sólo cabe en el más puro desierto
Tan rancio aire me dio tu pueblo mío.

ANDRÉS IGLESIAS AGUILERA

¡Dios hecho del día!
¡Que revienta de noches y de sexos!
¡Que revienta de llenos y vacíos
Los vasos sacros, tabernáculos del viento
Y de la tierra y del Sol y del castigo!

¡Ojalá que me sonrías!
Me prefiero niño tonto y cándido muriendo
Que vivir escéptico y morir enriquecido...
Jaral del monte llegó en alas del tiempo
Y no se paga, ni agreste, ni vendido...

¡Dios de Aragón, Dios de Castilla!
Despierta a las naciones de perfectos
Que vean lo lejos que llega mi quejido
Que vean lo lejos que llegan, repartidos,
Sencillo pan, error sagrado, torpes honestos!

TRES SOLEDADES



III.I UNA SOLEDAD.

Son las palabras como las aguas son en Mayo
Transidas de emoción y llenas de justicia
Llenas de mal de amor, poemas de impericia
Y llenas de algo ajeno que resuena extraño...

Llenos vasos, unas con el agua de los rayos
Unas con la boca, al aire con el pecho reunidas
Falsas o huecas y, si ciertas, merecidas,
Visiones de futuro o sentencias con retraso...

Jinetes somos de tal tordo caballo
Al trote que nos dicten el bien o la malicia
Fiscal como Quijote y buen Sancho si callo,

Buscando siempre el fiel de la justicia
Entre la boca dueña y este, mi oír, lacayo
Por soledades monótonas de isla...

III.II OTRA SOLEDAD.

El corazón del Amor
Está solo.

Está solo el corazón de la razón.
Está solo el mundo y el Universo
y la gente está sola.
Poblada de un trillón de imaginaciones
solitarias.
Poblado de un trillón de civilizaciones
imaginadas.
Poblado de un trillón de señales
significativas.
Y solo.

Está solo. El corazón del ser está solo.

Y es una soledad de la desnudez y de la indigencia y de la indefensión.

El mundo, trémulo, suplica...
Y está solo. Nadie le oye, nadie le sostiene.

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Estás solo, lector.

Como yo.

Inmensa, ciega, salvajemente solo.
Desnuda, amarga, llorosamente solo.

Eres dolor. Y no hay soledad como la suya.

***III.III TERCERA SOLEDAD.
LA GNOSIS DEL PASAR.***

Se perfila bajo modos la Idea que amanece
Sin que sepa la conciencia desde cuándo
Se estuvo quieta y desde allí mirando
Y en su pregunta, al instante, la oscurece;

Y solamente el margen de la Idea reverdece
Y solamente dice lo que va glosando
De centro ciego, el corazón palpando
Así, hasta que el verbo muere y enmudece

De la sangre viva del dolor tan lastimoso
Del ir perdiendo lo mejor en márgenes
Y de acordarse de su gusto empalagoso.

Y tantos siglos fueron como vírgenes
Los que serán del muy sublime poso
Del dios de las miradas siempre jóvenes

Y tantos serán los coros poderosos
Del soslayado rayar sobre los Cármenes
De Granada, el Sol, cuando anochece.

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Y así el mirar que duerme no envejece
Y guarda el corazón nocturno luz brillando
En medio de la noche y tremolando
Un susurro muy débil que entenece,

Pendones de la bruma que los mecen
Los rayos de la Idea transitando
Por la inhóspita conciencia, como un faro
En que vive la mirada que no muere

A que son monumentos tantos dólmenes
Tantos quicios del mirar curioso
Y tan desnudo de armaduras árabes

Que la Idea y el mirar son uno solo
Ciego Dios, pensamiento de Aristóteles,
Ser y pensar, separados por un ojo.

Y si sabes tanto que te sientes solo
Habiendo visto descorrer los Hímenes
Los misterios más secretos de las fuentes

Desnudo de tus lágrimas, tus preces
De tanto la verdad irse celando
Mientras tú te consumes vigilando
Los pagos del amor que te mereces

ANDRÉS IGLESIAS AGUILERA

También la carne de la Idea desfallece
Al irse poco a poco revelando
Ser, amar y morirse consumando
El conocer que desnudando crece.

Y al final... hallarás que el mirar sólo
Es la muda pasión de pompas fúnebres
Crear que vives si se mueren otros.

Y hallarás en el mirar mayores crímenes
Que en el celar y en el mentir al otro
Que son vergüenza, malditos los congéneres.

IV. SIETE SOLEDADES



IVI

Un suelo, dos paredes y un techo
Tambor de percusiones y cañón
Gatillo y fiel y corazón
Y, entre medias, bala y viento...

Raya singular partida al tiento
Sobre el albero, sangre de cabrón
Sobre las rayas, el rojo resplandor
De un brillo de metálicos reflejos...

Desde lejos, muy lejos, miré al Sol
Para luego mirar con ojos ciegos
La sangre que habrá vertido Dios

Allí dónde todos tienen miedo...
Soy libre y estoy lleno de ardor
Alguna vez soy niño, alguna viejo...

Pero Dios también fue pecador.

IV.II

Camino buscando el justo medio
Entre sangre y dorado resplandor
De un cénit divino del valor
Aunque sin miedo, siempre con tropiezo

Aunque sin fuerzas, siempre con esfuerzo
Bajo el mismo madero y el calor
Bajo golpes de látigo y fragor
Siempre en pos del horizonte sin remedio

De una Cruz clavada sólo a Dios,
Justo hombre y siempre justo en medio
De la puerta de dorado resplandor

Más allá de los lobos y los perros
Entre sangre y honra de español
Y entre el miedo y el fuego de los tercios.

IV.III

Éstos son los títulos que aprecio
Soledades de oro en el amor
Soledades de oro y de fragor
Chapas de injuria, galón de vituperio

Castigo de miseria, lección de menosprecio
Por la cuesta al Gólgota de Amor
Dónde pago mis puntos de ladrón
Si Dios quiere, con buen advenimiento...

Alguna vez alférez con los tercios
Alguna vez borracho de candor
Alguna vez torpísimo en los tiempos

Siempre recto y honrado de intención
No fue otra, la mía, del buen ladrón
Que otros llenan su bolsa con desprecio

Del Dios que vi clavado bajo el Sol.

IV.IV

Al Dios lo vi clavado bajo el Sol
Y a soldados repartirse su misterio
Que allá donde haya Dios no valen medios
Para tapar ni al buen ni al mal ladrón.

Y vi a Su Madre bajo el tórrido calor
Virgen de muerte y virgen de desprecio
Por Su Hijo, ensalzado en el primero,
Que Se humilla, del segundo, con valor

Rescatando, de Su Sangre, con el precio
Al remiso y al constante pecador
Hasta el día en que la muerte bese el tercio

En que tenga que purgar su humillación
Si, cobarde, le encuentra con desprecio
Como a Judas, bien legal, mas traidor.

IV.V

En saberme entre los cálices más recios
Consiste mi orgullo de sabor
Por más que, solitario, sea amargor
Saberme entre la tribu de los necios.

Primer vecino en solitario pueblo
Allegando sus gallos de clamor
Recibe llagas de vida en el albor
Con que hacer más profundo su misterio.

La primera vecindad fue monasterio
Del que tórtolas y gallos son padrón
Y linceos, osos pardos, y milenios

Las grutas y gargantas del valor
Que desnuda la vergüenza del silencio
Ante tantos mudos, y tanto traidor.

IV.VI

La pura rebelión de Dios es fuego
Que también fue crimen Su revelación
Mas fue sacrílega su crucifixión,
Y manos limpias, las de los fariseos.

Si fuerza el yugo sobre los paseos
Más virtuosa ira, la de la razón
Más virtuosa es la suya rebelión
Si apretó justicia, recio era el arriero

Y siempre parlanchín y noticiero...
Ahora sólo queda la boca del cañón
La bala, el viento y el pedo de rastreros

Sobre la muerte amarga del Thalión
Del Dios de los esfuerzos verdaderos
Por levantar la cruz de Su pasión

A todo el de justísima intención...

IV.VII

Soñoliento este Domingo de vapor
Me propongo dispararte con mis sueños
Una bala directa hasta tu pecho
Con un viejo fusil sobre el balcón,

Entre brumas y vapores de cañón
Mientras huestes de la casta que yo pienso
Con clamores vencen lenguas, roban besos
Entre furias y honra de español.

Allá Sanchos se las hayan con su queso
Nací yo hidalgo, como buen batallador
Y si pobre, también cristiano viejo

Que el oro verdadero es el valor
El de más noble cuna, el más sincero
Y el tesoro verdadero es el mayor.

IV. VIII CONFESIÓN

Sí, Padre, yo confieso, yo confieso
Haber sido español entre españoles,
Haber sido ladrón entre ladrones,
Haberme visto ganas y estar tieso,

Y haber echado mano, lo confieso
Del primo, del hermano y maricones
Para beber y tocarme los cojones
Mientras Dios artesonaba, carpintero

El pecio que salvó mis tiburones
Al verme naufragado como ateo;
En mitad del Océano, mil soles,

Y un sólo tablón, el Suyo y verdadero
Entre relámpagos y resplandores
Lo confieso, Padre, de mis miedos.

IV. IX UN PASO

Dios en la frente y dos caras mamonas
Me salieron al paso en una venta
Mientras enanos que alzábanlas en fiesta
De su silla levantaban dos ladronas,

Si partidas, honradas y españolas
Al seguir la raya de una puerta
Con perdón sea dicho, algo de puerca,
Sobre el campo de una Mancha remolona.

Las putas abolengas, rancia percha
Escancian en mis armas pecadoras
El veneno de saberse en una venta...

Vivo y vigilo y tanto rezo mientras
Sin saber si soy ventero, puta gorda
Marrana, caballero, percha hueca

Que lo hago como loco y busco cuerda...



VII CLARO DE LUNA



VIII

Como el viento los mueve y los menea
Van detrás de ti mis pensamientos
Por el claro de un bosque que no miento
Mientras tú deslumbras soles, Dulcinea,

Tal como la Luna libre se pasea
Por entre claros de este abatimiento
Pensando a veces, con leve sentimiento
Que me quieres y me nombras, Dulcinea

Como ciego voy, por sólo que me siento
Sin la luz de los ojos que te vean
A buen seguro, sin tanto sentimiento

Sin los labios y los ojos que te crean
Tan real y auténtica, existiendo
Como a imagen de la Luna, como a idea.

VII.II

Y si turbias manchas fueran los dilectos
Jamás cabalgarían en hacaneas
Jamás habría la tierra cananea
Manado hermana de estos sentimientos;

Que si turbios fueran tantos monumentos
Nunca los mares parieran a Nerea;
Que tantos rayos de la Luna se recrean
Por ser tan ciertos, mis hondos sufrimientos.

Y son tan hondos los labios que te crean
Que saben resistir a este tormento
Contra viento, jenízaros, marea...

Tan sólo porque son sus argumentos
La pureza de las hojas que menea
El soplo con que amo, vivo, aliento...

VII.III

Y si turbios fueran estos sentimientos
No venza yo leones de Nemea
Ni te ofrezca reinos, ni te vea
Sobe el trono imperio de mis vencimientos

Si tramposos fueran, como si te miento
Jamás los siglos por venir me lean
Triunfando de jayanes, si mintiera
O innoble, perverso, éste mi intento

Mi señora, hermosa, si lo fuera,
Que si mil truhanes y canallas venzo,
De la vuestra palabra que me niega

Tanto temo que voy con este tiento,
Allá dónde muerte, honor guerrear
Con la dulce promesa déste, vuestro.

VIII. EL BARRIO

A las nueve de la noche, el vino
Corrió de mano en mano en la taberna
A la ronda de canción eterna
De burlas y de chanza del vecino...

Llegó burlón, como el peor que vino
Llegó empapado y con la sangre enferma
Persiguiendo una chanza de taberna
Que ya corría por cada granadino...

Llegó burlón, a cosa de las nueve
Llegó borracho, y se salió asesino
Sin esperar siquiera a que cayese nieve

Sobre el borracho que quedase, si dormido...
Cogió las armas del abuelo héroe
Y, tal como volvió, quedó por asesino.

XIX. EL PRESO

Ahorrando en cigarrillos se pasea
Desde los barrotes hasta la letrina
Del camaranchón hasta la esquina
El preso pobre, allá por dónde sea,

Si acaso no comparte su presea
Con tantas negras y amarillas rimas,
Si acaso de mil putas sibilinas,
De malos, turbios y falsos poetas

Que empezaron volando sus cometas
Y acabaron en versos que incriminan,
Con ladrones, violadores, proxenetas,

Tísicos, enfermos, sifilítas
Todos ellos, también, malos poetas
Si acaso de la vuelta de la esquina,

Si acaso, de millones de pesetas.

X. EL OBRAR

Así como se dice que, dormidos,
Nos vamos todos, a la fin, muriendo,
Dejadme, obligaciones, que, durmiendo
A todas dé remate bien cumplido.

Si me llaman del trabajo, estoy dormido
Si me llaman los compadres, ya bebiendo,
Y estoy tan poco a poco ya muriendo
Que no respondo a otros conocidos.

Y si cae la bolsa o sube el dividendo,
Me pilla fraile, me pilla monaguillo
Y si sube el pan, pacífico y comiendo

Me pilla en un banquete tan sencillo,
Como si ley monástica cumpliendo,
Como si rey, o perro lazarillo.

XI. UNA PICA EN FLANDES.

Es más dorado por estar en la tortilla
Más sabroso y digno, éste, tu pelo
Que el grasiento y sucio de este camarero
Holandés, que va buscando monedillas...

En Bruselas cobran por las cloaquillas
En que descargan españoles sus imperios,
Así como triunfan tus cabellos
Del dorado de magras meadillas.

¡Oh española, en tierra de mantillas!
¡Tan grande tierra, cuna del imperio
Que trasiegan sus finas holandillas

La misma mierda y número de negros
Que los hechos católicos en Tordesillas
Y negros protestantes por Lutero!

XII. CABEZONERÍA.

Mientras que no, al balcón de mi ventana,
El alba fresca y santa, se me asome
Empapando las sábanas con goce
Al descubrir tu cuerpo y mancha, Ana,

No pasarán las telas de mi alma
Ni luz de Luna, ni Sol que asome,
Negro ciego hasta que no te tome
Si tanto virgo pulula por tu cama...

Si tan perfecta y pura, si tan santa
Que no haya Dios, señor, ni roque
Que así te deje preña y desvirgada

Cuando seas la sola que me goces
Más que María, la Virgen Santa,
Y más que la ramera de la Loles.

XIII. PARA LAS VÍCTIMAS

Sola la auténtica y castiza, en llanto,
Soledad, se iba por los rincones,
Sacudiéndose de todos los mirones
Que la miraban llorar en mientras tanto...

Y si lloraba sola, así de tanto en tanto,
Continua era la risa en los mirones
Que no alcanzaban su vergüenza, corazones
De estarse ante el dolor mirando...

Sola y castiza, se iba enamorando
De su llanto y soledad de los rincones,
Antes la púrpura y la malva, celebrando,

Que el rojo de las putas y mirones,
Sola y castiza, que Dios la está mirando,
Y ninguno mirón tiene cojones.

XIV. COMPAÑÍA

A la luz declinante de la tarde
Después de haber vivido muchos años
Después de haber pacido en muchos pastos
Después de haber ardido en lo que arde,

Reposo mansamente, como un fraile,
En la luz azul de tus iris garzos,
Y en la nívea toga de tu cuello blanco,
Antes que empiece, de los jóvenes, el baile.

No fueron más ni menos héroes caídos
Que montoneras ansiosas de tus ojos claros
No fueron más ni menos jóvenes traídos

Por el duro cuello, a tus roces sabios,
Que los que lleva, Troya, por Helena, ardidos
Ni son más dulces sinónimos tus labios.

XV. EL TRABAJAR

Con los tibios tentáculos de rosa
Del cabello más dorado que la sangre
Son de prosa, raíz de los estambres
De Cristo Rey, y de sangre tan preciosa

Se va entre las espinas dolorosas
Asomando el Sol de tantas tardes
Como mañanas, tarea de las hambres,
Repitiendo oraciones trabajosas.

Así despierta el día a las hermosas
Cruzadas de oficina y vencimientos
Como a las más heroicas, gloriosas,

Cruzadas de honor y de ardimiento
Entre nieblas y nubes vaporosas
O entre azules de limpios pensamientos...

O entre campos de batalla y de raposas
O entre glorias, miseria y escarmientos.

XVI. ROBAR UN BESO EN EL PATIO.

Así como los labios nos superan
Superan las palabras a las cosas
Si labios besan y callan las rosas
En medio de callada puerpera...

Porque besos y rosas reverberan
En losas y en estancias olorosas
De patios y canciones amorosas
Que verdes fueron y futuros eran...

Hoy son la misma gloria que sonroja
A rosas, canciones, puerperas
Pequeña india, de labios que se mojan

Con el beso robado antes que vieja
Te pille el desencanto de las cosas
Recordándote, si estéril puerpera...

XVII LA VERDAD

No se supo el aire inseminado
Mientras no fue dicho el primer verbo
Y es ahora el dicho más acerbo
El que se busca más purificado

En márgenes y sotos del Dorado
Como panes y polvo de los siervos
Y alianza del león con tantos cuervos
En la sangre del aire inseminado

Con mitos y leyendas como esporas
Que son la vida, son el aliento
De los pechos que respiran horas...

Tan calmo, tan agudo sentimiento
Que casi creo hablar con mi Señora
La Virgen Madre, en su recogimiento.

XVIII ORACIÓN

Alivia Tú mi corazón adolorido
Por desiertas asperezas de ermitaño
Que, de tanto sentir, se me ha hecho huraño
Y de tanta soledad, adormecido.

Despierta en mí la luz de Tus amigos
Y cúbranme los ruegos de Tus Santos,
Señor, que muero hace ya tanto,
Que no me sé ni muerto ni si vivo.

Alúmbrame, Señor, en mi retiro
Que es muy cierto que me muero amando
Y no sé si de ello habrá testigos;

Y déjame quererte perdonando,
A propios y a extraños y a enemigos;
Y déjame, Señor, servirte en solitario.

XIX UN MARINO



XIX.I

Le han dicho que círculos, los mundos,
Son, lidiando con montañas líquidas
A medias entre mil, tierras e islas
Y pólvora, cañones, marinos vagamundos.

Capitán al fin, tras mil segundo,
Y el piloto leyendo en cartas sibilas
Vientos, corrientes, traidoras, rígidas,
De las jarcias temeroso y de barruntos

De vírgenes, tormentas, líneas, puntos
Espejuelos, cuentas, indios, oro,
Entre rayos cruzados con los rumbos.

¡Rezad, hombres de honor y mundo!
Que en medio de la mar y solos,
Mortal la honra es, nombre infecundo.

XIX.II

La mar... callaos, que sobran versos
Mirad la mar... desnuda, sola, inmensa
Oídla también, con su sentencia...
Sola la aprende el Cruzado y viajero...

Sóla ella, marina, traicionero
Testimonio de españolas gestas
La mar, oro de las Américas
Con soles de imperio tesorero...

De Pescadores, de piojos y de Homero...
Oídla, esclavista de las fiestas,
Ella primero y principal negrero...

A la mar le faltan y le sobran versos
Siempre corto su cantar de los Poetas
Siempre largos, sus versos y remeros.

XIX.III EL SOL MEDITERRÁNEO.

Sobre un mantel de tímidas arrugas
Rizos de espuma y de colmillos niveos
Y los pontones de sepulcros Tirios
Se derrama aceite, mansa cuna

De todas las naciones hechas una
Sobre un cáliz de tránsitos sanguíneos
En busca siempre de horizontes nimios
Paralando con cabellos las remotas Lunas.

Tan grande y tan pequeño Sol y Luna
Tan remota aguja en las extrañas líneas
De la noche más prima y más profunda,

Enterrada máxima entre cosas nimias
Tan grande el nacimiento y tan trivial la tumba
Del Sol Mediterráneo, amarga oliva.

XIX.IV

La quilla del barco es el eje del viento
Tanta flor, tanta nata en cubierta de bordo
Que derrama las aguas a golpes de sordo,
Cuanto quiebra, su rumbo, así de contento,

Tan feroz, de ruina, su enamoramiento
Que su gran capitán es el vino más torvo
Su bandera, pirata, su patente, de corso
Que aplaude la escora del furioso viento,

Entre naipes y jarras, doblones y coños
Estridentes las voces, estridentes las risas,
Estentóreos los llantos, de Satán, los retoños,

Mientras beben, fornican y retuercen la risa,
Apurando los días y gozando su colmo
Porque saben mejor, si se viven deprisa.

XX UN GUERRERO



XX.I

Tuve un sueño, tal vez, de diamante y acero
Versaba mi sueño de mil murallas chinas
Y egoístas, también, mil palabras ladinas
De quedar, para siempre, como eterno y primero

Soberano señor de colosos imperios
Y tener a mujeres, y nadar en divisas,
Y ordenar lo mejor en las casas vecinas
¡Qué impuro, por Dios, qué impuro mi pecho

Al tener tal diamante enterrado en su seno!
Todavía me persigue entre veras y rimas
Que si el ser es la casa, la palabra es su techo

Y yo, un poeta, un don Nadie, una cosa chiquita
Una mínima sílaba, una tilde, un acento...
Que le doy a mi voz cuando digo: ¡La China!

XX.II

Por entre azul de los rayos cristalinos
Se filtran las corrientes de una esfinge:
Vivir o sucumbir en tales límites
En que vivir y sucumbir son, diamantinos,

Cotidianos soles y fuegos vespertinos,
Sin que haya muro que la sangre paralice...
Mientras los hombres hacen, las mujeres dicen,
Y los niños son soldados matutinos.

Es el mismo yelmo y casco en todas
Es el mismo sobre pobres cabelleras
Rubias, morenas, o de barbas pelirrojas

Siempre sudando trampas callejeras
Y miedo y muerte y lumbres rojas
Entre la miel de la victoria y su ramera.

XX.III

Quisieron encerrarme en laberintos
De miedo, de calumnia que interesa
Pensando así más fácil la sorpresa
De servirle al vulgo su mismo vino tinto

Con que pensaban servirles mi cabeza...
Ahora son ellos en ese laberinto
Triscando entre las peñas y los terebintos
Como las cabras triscan por las asperezas...

Porque ignoraban que salir invicto
Consiste en la humildad que besa
La misma herida con que vences niños...

Que este halcón voló sobre princesas
Filosofías espesas y sesudos guiños
Y sigue prefiriendo torres viejas...

XX. IV CASTILLA

Fueron piedra sobre piedra, como bloques
Con barruntos de Dios en la hombradía
Y con puntos de zurcidas gallardías
Voluntades contumaces en su enroque...

Propósitos de roca y de renombre
Que quién lo supo ganar, lo fue a porfía
A quién el mundo rindió su pleitesía
De Sol a Sol, por todo el horizonte.

Lo que importa es madera y es astilla
El punzón, el duelo y el quebranto
La lid, la pelea, la zancadilla...

El Imperio y el cortijo, Isabel como Fernando
En los áridos parajes de Castilla
Los santos y enemigos montan tanto.

XX. V LA MUERTE

Bien sentado a la puerta de su casa
Se ha, con su guadaña, la Enemiga
A media entre dientes, como amiga
Queriendo hacerse dueña de tu alma.

Se espera con paciencia y tanta calma
Porque sabe la posta que caminas
Y sabe el paso y el tranco de tu mina
Allá dónde tú estés buscando palmas.

Sábese la muerte bien sufrida
Que afrentas secretas, y de hostias,
Le caen sobre la cara ya partida

Y te espera sonriendo, la podrida
Con la cuenta y mochila de tus costas
Para que mires en ella tus heridas.

XXIII MARÍA JOSÉ.

Santa y serena dueña de su casa
De convites transeúntes sabedora
Y de penas de carmín sola y señora
Oye las burlas y las veras y se calla...

No te creas, hermosa, que no pasas
Que no vienes a los dientes, luchadora,
Ni que dejas de estar, por lloradora,
De guerrillas domésticas y pasas.

Nadie muere, ni sufre, ni se calla
Ni se enamora, ni pelea en vano,
Que si la vida muerde, no devora,

Y si devora, su misma flor en rama
Que promete enemigos, cría hermanos,
Muerde en el dolor que la deshoja.

XXIV ANGUSTIA

Es andada la vista sin descanso
Sin demora y sin reparo por la calle
Sin topar con posada entre tu talle
Cerúlea de angustia sin tu abrazo.

Voy tundido de palos, sin remanso,
Entre astillas de gente, sin miralle,
Y entre medias sonrisas, como valles,
De sombras caudinas y sargazos.

En marañas de gente voy sudando
Tu pérdida y tus ojos, domicilios,
Del mendigo que soy, pordioseando

Tus sonrisas y tus vendas de cariño
Sin saber si me sigues esperando
En la niña de mis ojos más vecinos.

XXV EL SANTO.

I.

A solas con el ojo del juicio
En el hombro de la duna inmóvil
Como se enrosca la serpiente móvil
Agonizante yerra por el precipicio

Un hombre en el desierto vicio
Sediento de verdad e indócil
Sediento de honor, aunque sea fósil
Entre demonios marasmos en el quicio

De ciudades, mercados vocingleros
Cantos de sirena y de terror abismos
Por soledades, sufrimientos, desesperos

Mientras busca los restos de silicio
Que le lleven al oasis verdadero:
La esperanza, el honor en el suplicio.

II.

A do quiera que vuelve la mirada
Sólo le aparecen paradojas
Hacer el justo cuanto se le antoja
Sufrir prisiones la más desconsolada

Alma más pura y noble, desairada;
Sonar con trompas de virtud la coja
Mentira, subir el pan que en ella moja,
Y andar la verdad desvirtuada.

Sólo el desierto es su solución,
El retiro, el monasterio viejo,
Así el del vicio como la desolación

Do pueda meditar en lo perplejo
De ver andar la libertad en prisión
Y llegar la esclavitud tan lejos...

III.

El desierto moral es su testigo
Tan grande vacío de sentimiento
Que traspasa el corazón en ardimiento
Y le llama con el nombre de elegido.

Un fuego le traspasa los sentidos...
Tan gran dolor, en tal aislamiento
Que sólo Dios le acompaña en su tormento
Y a Él le llama con tristísimos gemidos.

Y, al final, le amputan el espíritu
Y le clavan manicomios en la frente
De bendito, estréllase en maldito,

Y acaba abrasándose su espíritu
En murmullos odiosos de la gente
Y en hogares lazaretos de malditos.

XXVI CON UÑAS Y DIENTES

Se colmaban los muros de cristales rotos
Que ahora son manos con uñas y dientes
Iris de chispas y reflejos ardientes
Que se aferran al Sol cuando sangra de rojo

Gritos de muro hacia el Dios de los sordos
Que pelea deshecho, durmiendo al poniente
Y le prestan los hombres, las viudas su frente,
Sobre un mismo muro, dos pueblos en lloros...

Recuerda, ¡ay!, ser el muro en el orto
Los cuerdos ser sólo suicidas valientes
Como sangran, testigos, como sangran los toros.

Tanta fe, tan pulida y ardiente
Tan sublime doctrina que no tiene poros...
La carga el dolor, el horror de la gente.

XXVII LOS NOMBRES

Arde en los nombres, purísima, la llama
Que ya casa las señales de un espejo
Con el pecho que respiran los perplejos
De un solo Dios, que a Sí mismo se llama.

Serenidad y desesperos nos reclaman
A medias mirado lo cercano desde lejos
Y desde lo trivial, lo obvio y lo más viejo,
La novedad que nos asalta con su llama.

Y dice el alma entonces: “¡Sí! ¡Es esto!”
Y es el mirarse en ello tan gran descubrimiento
Como entrar en la mujer viendo su sexo...

Y es la alegría y la pasión de ser en ello
Que, tan grande, el cielo ofrece parlamento
Para murar el amor con cálices de verbo.

XXVIII LA TORMENTA DE VERANO

Tras del monte, un asombro de batallas,
En el puño de su cumbre y vértigo
Almanzores, bestias y caudillos méritos
Entre trompas y cuernos y algaradas

Con tambores y luces tramontanas
Y las huestes a la carga no dan crédito
Al cañón tan poderoso de los tercios
De Dios, cuando embisten, cuando sangran.

Y un relámpago en el ojo capitán
Como mecha de una flor enamorada
Se apresura por el monte sacristán

Que mil retoños del Águila Caudal
Al cielo y a la tierra, encadenadas
Con sangre y fuego maridan el Grial.

XXIX EL VAGAMUNDO

Yo nací y viví...
¿Qué consuelo me queda
En el tormento de quedar muriendo?

Yo nací y viví...
Mi recuerdo es perfecto.

Y ahora me arrastro
Por los días de duelo
Sin hijos, ni nietos, ni amigos, ni sueños...

Cada día de tormento
Veo al Dios del quebranto clavado en su Cruz
Contra el ceño fruncido de un cielo purpúreo
De luces ebúrneas y nublos estrechos
Y nublos de clavo y días sin premio...

Me arrastro...
Lentamente torturan mis horas los nublos
De vivir sin un duro, de vivir sin futuro
Y me arrastro en tabernas que me fían por duro
Y me tienen por monstruo y me creen impuro...

Yo nací y viví
Y ahora me abomino...

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Aborrecen mis pasos las señoras de punto;
Aborrecen mi cara los niños y adultos...

Yo nací y viví...
Y ahora soy vagamundo...

Pertenezco a otra tierra
Pertenezco a otro mundo...

Sólo vivo en recuerdos
Sólo vivo en pasado
Sólo vivo en las risas de otra vida, de niño...

Si me ves errabundo
No me niegues limosna,
Ni me niegues por sucio...

XXX EL NÁUFRAGO

Hallóse vencido
En medio de la mar serena,
Con tanta calma y con tan poca chicha
Que quiso hacer almuerzo de sus suelas,
Después de Tzitzen Itza
Haberla en el combate merecido.

Moría tranquilo
Porque sabía, de Dios, la vela
Que no abandona a los fieles de su brisa
Y sabe siempre quién, y cuándo y cómo era
Valiente, fiel en la ira
Y quién cobarde y cruel enardecido.

De Palos, el marino,
A la Virgen de la Antigua la venera
Porque sabe de Dios, diamante arista,
Que lo que fue molicie, de granito era,
Y lo que fue Castilla
Ya es rayo preso y compromiso.

Perdura en el quicio
Porque pasa todo aquél que muera
En medio de la mar en calma chicha
En Dios, por Dios y para Dios serena

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Hecha sin la prisa
Con que quiso acumular este marino.

Dorado Sol vencido
Le queda en la memoria traicionera
Como sello que su espada firma
Con el más sagrado voto de promesa:
Peregrinar, si viva,
Y, si no, volver al combate recrecido.

XXXI LICENCIA

Mira, en confianza:

Si el Sol hace crecer la hierba
Es porque sube el monte
Y lo vence y lo sepulta
Y si triunfa la belleza de una fiesta
Por más sobria y esforzada, es castellana.

Por más cierta y aguda, la de espada,
Es la belleza lúgubre de tumbas
Por que la muerte siempre nos asombre
Y por más cierta tierra, capitana,
No hubo hidalgo de la mancha
Que la que yo vencí sobre el campo de la hierba,
Capaz de hacer sombra que redunda
En esgrimar de espadas y en ínfulas y en fama...

Éste es el hombre,
Sombra vil y cuerpo de canalla
Del esgrimar mendigos pan que abunda
Sobre la tierra pobre, sobre la tierra llana.
Permitid por un momento que me asombre
De tanta virtud y tanta fama.

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Jamás podré escribir lo podre
Porque es tanto el interés sobre la fama
Que tiene que ser buena, aunque sea mala,
Para que el hombre medre, y no se hunda...

En cuanto a Dios, mujer,
Permíteme la pata llana...

XXXII LOS COLORES

La forma de ver,
Según la bellísima Diotima
Pintora secreta allá en su caverna misteriosa
Es un gris para el color del cero.

La forma de ver,
Según el bellísimo Apeles
Público pintor de la Grecia luminosa
Era un cuatro para el púrpura del cielo...

Según público secreto,
La hospedera periclea
Marcó a Sócrates con safo rojo
Marcando para ello el cinco más venéreo...

Para toda princesa misteriosa,
El nueve es verde, blanco el siete y amarillo el
tres,
Con muletas violinistas de tres grillos
Y una suerte enardecida en el albero
Que pide, de la sangre, trampantojos,
Cuando arrastran al morlaco al matadero.

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Cierra los ojos, princesa, ciérralos.
Porque vienen las nubes de la cumbre
A darte, en su rabillo, su único beso,
Esperando que germinen sus retoños
Al año, en tu siguiente beso...

XXXIII PRIMAVERA

No hay elección, ni es error, tan sólo primavera;
Y el que quiera cortar sus tallos en redondo
Y armar una rueda de estaciones
Y amurallar con acero los inviernos
Morirá de primaveras...
Fundido en lágrimas, fundido en savia, licor
o sangre.

Y si gira el tambor de un revólver de cuidados
Morirá de una fresca sonrisa, de una sonrisa
llena...

Y quien niegue la vida
Y quien niegue el calor
Y quien impénite niegue el bienestar.

Porque se muere,
Se muere de vendas puestas antes que las heridas
Y de precauciones se muere y de balances y se
muere de equilibrios y de compensaciones...
A veces hay que darse a manos llenas,
y rectificar y ver:

Hay otro...
Allí, en frente, es ella...
Y nadie más.

XXXIV MISTERIO VEGETAL

La tierra prometida son tus ojos, Helena,
Sobre un mar de azul, la raya de un amanecer,
Hecho brazo y abrazo y primavera...

La tierra de mis ojos son los tuyos
Que se comen los besos y el pasto de las vegas
Y las aguas lloronas del crecer...

La tierra prometida... sería gran pena
Que la tierra prometida no alzase sus luces tan
serenas
Para beber de las fuentes de la tierra
La paz de los espacios, no los cantos de sirena,
Entre cabos amarrados a los sordos
Y una transformación de higos en brevas...

Reverdece, Helena, reverdece,
Que yo sé la tierra y sé las penas,
Que sé andar y emboscarme y padecer
Mientras tú, Helena, vayas llena.

XXXV PLATONISMO

Quisieron, al alma, llamarla tabla rasa
En que dejaban cosas y personas su verbena...

El alma es sólo una protesta,
El alma es la esencia de la indignación,
Es un muñón herido que se muerde la rabia
Creyendo en el alba de las cosas,
Creyendo que la luz de su promesa
Refleja pesos, realidades refleja,

Ya vieja, muy vieja, el alma
Herrumbra con postrer fulgor su última lástima...
La salvaje visión de algún mundo mejor
Que se fue, que no estuvo, que nunca vivió
Salvo en márgenes verdes de alguna misión...

Tierra de púrpura celeste y de dorados mares
Que se fueron para mi, mientras el mundo
Gozaba y vivía y miraba sin miedo
Lo mismo en el blanco que en el turbio negro...

El alma, el alma,
Un traje de moda, un vestido, una pamelita, un
signo...

El alma es todo eso que a mí me parece palmario,
El alma es el ver en un mundo de ciegos,
Hablar en un mundo de sordos
Callar entre parlanchines majaderos...

Se comenta en sobremesas la falda de alguna
princesa...
La pamela de tal, los gallumbos de cuál...

El alma, el alma...
¡Está hervida encima de la mesa!

¡Llamad ingenuos a los buenos!
¡Llamadlos tontos, llamadlos corderos!

Lo que es justo es justo...
Y en el medio... no cabe un listo entre genios y
buenos.

Allá los pícaros, allá los que medran,
Si algo me queda en las entrañas,
Es el esputo bilioso, sangrante del alma.

XXXVI CATALUÑA

Hubo un matiz, un rasgo, una diferencia...

Se discute sobre ella todavía,
Y desde la noche de los tiempos
Y hasta la noche de los tiempos...

Un matiz, un rasgo, una cosa trivial
Todavía anda dirimiéndose en juzgados
Y habrá de abrirse paso en muros
Que sostienen a Parménides y a Spinoza y a Pla-
tón,
Hasta tragarse al mundo entero con su beso,
Con su grieta y la sima de su insinuación...

Te hablo en serio, lector,
Cataluña es una vieja ramera deliciosa,
Una vieja zalamera y venenosa,
Una vieja que se engalana a la última
Y cubre de afeites su millón de perversiones...

La cosa no tiene mayor importancia
Porque lo real de su peso es la levedad de su
substancia:
Un matiz, una forma, una manera,
Que se va agigantando hasta tragarlo todo.

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

De las pequeña cosas, se dice, nacen las grandes
Y la mina de las torres lo sentencia.

Desde una palanca se puede mover el mundo...
Y derribarlo.

Desde un cabello se pueden paralar estrellas
Y en los dos metros de un espejo
Cabe toda la inmensa, terrible distancia.

Su matiz sigue ahí, paralando reflejos,
En el margen equívoco, en el margen obseso...

Apuesta por él, que lo votan los necios.

XXXVII PEQUEÑA ODA A WALT WHITMAN

Contaré la lección,
Tal y como me la transmitió mi maestro,
el amanecer
Hacia el Oeste de Antequera
En las cuevas megalíticas
Desde el Elche y la Baza de las Damas...

Empezaron en piedra,
Más duras y sagradas las palabras
Más estelarias y en crónicas de reyes
Y escritas con la sangre de los hombres
Hasta que entrasen al tuétano de pueblos
Que habían de ser en páramos desiertos
Como el agua zalamera de las reinas
Y los viejos Persas y los griegos...

Empezaré por el principio,
Allá en tiempos,
Hasta que llegue a su clímax la lección
Porque dijo mi maestro que nunca se detiene
Mas se agiganta en la memoria de los muertos...

Y creo yo, buen Maestro,
Que tal es su mayor lección

Que ni conoce clímax, ni ápice tangente,
ni cénit corolario
Más que crece más allá de las palabras
Y permea los pechos de las áreas
Y permea los pechos más calés...

La lección es de cánticos geómetras
La lección es de cánticos de vida,
Es música, maestro,
De la Europa embelesada con los cuernos
En bromas despistadas de lecciones soporíferas
Entre burros, suspiros y días perros...

Sé que al trasluz, Francisco Gómez,
Sé que al trasluz de los lápices de acero
Se ve la pluma de espadas victoriosas
Más fuertes las palabras que los hierros
Si conocen que la sangre de sus muertos
Respiran honradez, que está despierto
El sentido de los dioses resurrectos...

Si, me lo dijo mi maestro:

-“Más fuerte es la vida que la muerte
Más fuerte el lapicero, más el diamante,
Y el carbono y el madero...
Que la fausta rapidez de los letreros
Más la palabra rica, pan más acedo
Y sobrio y levantado y bueno

El cierto, el verdadero,
Hecho de trigo y hecho de humilladeros”

-”No levantes falsos testimonios.
Espera y verás... todo será bueno.
Se levantarán los hombres, las mujeres, ante lo
verdadero.
Nadie honrado, nadie bueno, sólo el deshonesto
Permanece remiso ante el pan genuflexo...

-Todos somos uno, valientes y sinceros.
Mira bien y verás que la gente,
Se mueve, si callada y habla, si se mueve...
Y conoce y es buena y es paciente
A la luz de la sagrada ciencia.
No lo niegues”
Tenía razón, ¿no crees?, mi maestro
Desde el amanecer hasta la siesta de cabestros...

Y ardió la plaza en aplausos del albero
Y se aplaude a la arena del valor, al trigo y al
torero
Y se aplaude al enemigo del remiso
Del malicioso, del lastimero
Y se aplaude al combate manifiesto
Entre la luz del Sol y el toro negro...

En España, cuando menos.

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Ahora ven, alumno, que te quiero,
En la tarde fresca, en un patio, en un albero
Combatiendo en la plaza del cabestro
Hasta la carne venérea del cordero...

Mira bien la esposa engalanada
Es toda boda, toda carnaval eterno,
Imparable, imperecedero,
Nadie falta, ni un invitado, en las bodas del cor-
dero...

Ella está fresca y fresca permanece
La roca del agua sobre el hielo
Si pasos fríos la amenazan o el desierto,

Mira bien, alumno, que te quiero,
En la luz y en la playa y el otero,
En la atalaya y en el burladero
Que la paz es dinamita para el miedo...

Dormirás tranquilo las cuentas del lechero
Vivirás, alumno, en mi Maestro
Y te harás digno de ser tu postrer dueño.

XXXVIII LAS HOJAS.

Las hojas...
No lo que son
Ni lo que vuelan
Ni la tierra del geranio
Ni el olor del aire que maceran...

No el olor,
Ni las hojas
Ni el verde vuelan...

Son las hojas,
Más no en su ser
Mientras se mueran...

Viven en el color de fuego uranio
Celeste corredor de cánticos de pena...

Son la tierra, el aire, son las olas
El mar salino, el ponto de los soles
Y el agua... oh Dios... el agua a raídos
Chuzos de verde y de tierra que oxigenan
Los gusanos de un tránsito sublime,
El primor, pensamientos azules
La cianosis del matiz, la púrpura que piensa
Los marmóreos óleos que recuerdan

La mordida del polvo, la mordida de las fieras
Allá agazapadas, prestas
En el número de ruedas de titanio
Y en el laurel, la vela,
El ponto, el timonel, la griega...

La ruta es nimia,
La ruta es nimia más directa
Pero hay tercera... y cuarta y quinta y sexta...

El tiempo vuela
En su tómbola redonda en las estrellas
Ése es el rumbo de la Tierra,
Nimia taberna, nimia trifulca en un rincón de las
galernas...

Allá lejos, muy lejos, las hojas...

Sí, creo en la mierda,
Y en el estiércol y en las pellas
Y en la tierra del gusano y las estrellas
Mientras piso el aluminio y la moqueta.

Seguimos siglo y seguimos evo
Seguimos sementera, seguimos era,
Seguimos siendo tiempo de parejas...
¿Has visto hacer la casa por el techo?
De allí bajó, si miras hacia el cielo,
De allí se tiene, si miras hacia el suelo...

Las hojas...
Por en medio
Las hojas tienen ese premio...

¿Has visto el árbol blanco, nervadura,
De las savias poderosas de Esculapio?
¿Has visto la luz, has visto la reja,
La chispa encendida en tu pupila
En tu cristal de estampa a primavera llena,
En tu asombro de niña y en tu reír de Helena?
¿Has visto, de tus ojos, catedrales, la vidriera?
¿La vidriera de tus ojos inmortales?
Son fuego,
De verde y de oro primavera...

Alguna vez están...
¡Que mueran!

¡Que mueran las hojas y viva el verde de tus ojos!
¡Y muera la jungla y se aneguen los desiertos!
¡Y todo cambie a la sombra de tus cejas!
¡Que muera el Polo Norte y el estrecho muera!
¡Y la tierra de Bering y la estepa
Y la tundra y la taiga, que se mueran!

Estás tú... ¿Qué me importa si la Luna es llena?
¿O si es roja, o si hay mulas paridas, chacales
amistosos hermafroditas nacen o hacen sacras a
las sodomías?

Estás tú... te veo mirar... te veo...

Las hojas mueran
Y vivan los labios de la rosa nueva
Y las espinas y los témpanos de fuego
Y las estrellas de gitanos romaníes
Pueblos de reyes y de mil consejas...
Y vivan... vivan los vivos y lívidos se mueran...

¿Qué más?

¿Están las hojas llenas?
¿Ha girado la Luna?
¿Ha girado la Tierra?
¿Ha girado en redondo este poeta?

Que lo diga la risa y la cebolla vieja
Y lo diga la escarcha de escombreras
Y lo digan las rimas y las hiedras.

Han rodado...
El tiempo, los imperios, la Ley vieja y la Ley
nueva
En un segundo de alfiler
En una rueda
Sobre la punta de un cincel de plumas fieras...

Están todos aquí, testigos de las eras.

Siempre fueron las mismas sus consejos:
Ora et labora
Siempre fueron las mismas:
Griegas, romanas, católicas, judías, árabes o
ateas...

¡Disciplina! ¡Ejércitos de yunques, ejércitos
de flechas y ejércitos y ejércitos de pos de
la serena...!
En pos de la paz de la conciencia...
Del haberse entregado a manos llenas.

Mueran las hojas en tus dos mamas lecheras
Y tiente su savia el corderillo
Que amamantaron milenios, siglos, décadas
Desde las estrellas y la tierra del geranio
Hasta tu risa llena.

¿Quién dijo las hojas, sino la tierra húmeda?
¿Quién dijo la madera, sino la lengua solar
y el agua fresca
Y el girar de una sonrisa
Y el girar de un vislumbre de cerezas?

¿Quién dijo éstas? ¿La madera?
¿O el girar de unos pechos que amamantan
a mis hijos?

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Están en ti, las palabras con la boca llena,
Y en tu alegría y en tu melena...

Todo te dice a ti... todo...
Yo soy el mismo genuflexo ante tu pena;
Y el vislumbre ante lo vario
Retorna en cántaros del agua rota de zalemas
De tanto ir a la fuente, diferente,
Tanto viene a caer en una misma broma.

Mírate, henchida, encinta de las hojas
Encinta de las horas,
Encinta de las risas tan sonoras
De la tierra fecunda que dice el caracol
Y la mantis, y la Virgen preciosa...

¿Estás tú?
¡Que se mueran las hojas!

XXXIX LA CANCIÓN RUMANA.

Era una mujer de vistosos colores
Con un niño a su cargo en la calle
De las falsas egipcias, lejos de su valle
De perfumes y agua y color de las flores
Tan tañidas notas que tributan honores
A los ríos, murales, donde el tiempo los halle
Donde vive la hierba y se acaba la calle
En el tiempo, un objeto, en el aire, canciones,
Y en la fresca rumana una pena bien grande
De tener a su hijo en sus brazos fatales
De tener que vivir entre el muro y la cárcel
Que palabras lapidan tantos llantos y tales
Como negros convites lapidan la tarde
Al calor de los ricos, los payos, los ayes...

Los ayes...

La dí un reloj,
Un reloj que robé
A mi más breve amigo en las clases...

No sé el nombre de madre, ni hijo,
Sé que llevan la cuenta y los haces
En los tiempos de imperio y los tiempos agraces
La romana se queda, la gitana lo dijo,

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

La romana es mi madre, la gitana lo vale
La romana de niños, la romana de sangre,
La más pura y castiza, la morena de rizos,
Y no fui yo, el tiempo lo dijo...

La zíngara, la romana, la gitana es el hijo,
Es el tiempo hecho cuerpo, hecho cante,
Sedimento del Dios, del Rey, de los nobles y ricos...

La gitana lo vale...
El santo de la octava es la romana,
Que si apartas siete mujeres
No te resta, ni te mengua, la gitana.

XXXX A HELENA

¿Qué te crees, Helena?
¿Que no he pensado en ti?

Lo hago desde punto y hora que amanece
Hasta la tumba del anochecer.

Cada día de mi vida,
Mientras me muevo por las habitaciones
De mi casa limpia y ordenada
La perfecta trampa de mi desesperación...

Lo hago al ir y al venir
Y no se me van de la cabeza tu sonrisa
Ni se me va tu boca, ni se me va tu pena...

¿Qué te crees? ¿Que es disimulo?
Te equivocas...

Tantas veces vino el hierro del amor
Ha forjar su espada en este pecho
Que sólo sabe ya de trampas y despechos...

Se cela, se guarda y se vigila...

Y únicamente a solas respira su alegría

Que toda ella es tu sólo pensamiento
Y también, por él lo juro, tan grande abatimiento
Que concilian vida y muerte extraño sentimiento
Como si fueran luz y sombra amigos entrañables.

Ya voy, ya voy, Helena, subiendo a tu recuerdo
Tan pronto que amanece
Y desciendo tan pronto que anochece
Y el día entero lo paso entre ñoñeces,
La mano en la mejilla,
La pluma en el tintero,
Y las luces de tinta, que oscurecen,
Palomas blancas, cuervos siniestros...

No hago otra cosa,
Ni tengo otro oficio,
Ni otra aptitud
Ni mayor ambición...

Sí, te quiero;
Y tan pronto que lo digo, tan pronto que me muer-
ro.



POST SCRIPTUM



I

Que el verbo acompañe el sentimiento
Al decir desde mi alma más profunda
Que consiento en libertad rotunda
Tenerte por prisión del pensamiento.

Remonte mi esperanza con el viento
El verbo vil que puede ser mi tumba;
Llévete el cielo un ruego que retumba
En susurro de tierno juramento:

Te quiero, Laura, tal como deslumbras.
Libremente escojo ese tormento
Del riesgo que el decírtelo me hunda.

Que la verdad se torna sufrimiento
Al que siempre le quedan catacumbas
En el mismo rubor que si te miento.

II

Ay, ojos que levantabais del suelo
Mi hondo asombro del mirar de niño,
De su gran soledad, el débil guiño,
Teniendo, de los astros, por reflejo,

Agora vais llorando por el suelo
Haber roto aquél mirar de niño
Con lágrimas de triste desaliño
En un hombre que ya es todo desvelo.

Testigos sois que sólo la distante
Altura de aquellos mismos fuegos
Como los labios tiernos del amante

Como el eco de los viejos tiempos
Tiene la apariencia de elegante
Para trocar la paz en su deseo.

III. SIERRA NEVADA.

Asoma el Sol sobre la blanca nieve
Y sobre las lagunas quiebra el hielo
El deslumbrante resplandor del cielo
Y en el desierto el musgo reverdece...

La cabra, el toro, el águila se vencen
Al coronar la cumbre del misterio
Y los arroyos murados por milenios
Sonríen a los balcones de Trevélez.

Sopla el furor, titánico, del temple
En las rocas rotas do da el viento
La avioneta tiembla, huyen los rebenques

El turista compra, el granadino vende
Y en los remontes, la jarana de los tientos
Y en la terraza de pizarra, mondadientes.

Aguarda, aguarda, aguarda la simiente
La cruda tierra de la noche de los tiempos
Bajo la nieve, ¿Quién sabe lo que siente?

IV SINCERIDAD.

Si pudiera echar mi corazón a la tierra,
con desprecio,
Y decirle: “¡No me sirves! Te quedas para pasto
de los cuervos.”
-“¡Crezca de ti el trigo, de ti la hiedra y
el enebro!”
Y devolverle así al lugar
De donde le formaron los milenios,
Eléctrico, en sazón, bomba de sangre y miedo:
-“¡Aquí te quedas, no me sirves!”
Y librarme así de tanta esclavitud
De tenerte que vivir sintiendo...

Lo haría con gusto, con gesto raudo, tal y como a
espato por la calle, sin dudar, sin vacilar...

Ya lo intenté con las fuerzas del misterio,
Pero ella, fría y cruel, le despreció...

No soy especial.

Todos llevamos eso a cuestas.
Y después, querríamos vivir sin sentimientos;

Preferimos la nada, los hombres, y el abismo...

¿Qué hacer con un corazón que ama?

¡Es indigno de milicia, indigno de la guerra!

¡Qué regalo insultante de Dios!

Me dio sangre y sentimientos

Y me pidió que fingiera indiferencia...

¡Es un escándalo! ¡Es un escándalo! ¡

Va bombeando a la intemperie de la gente,
desnudo, sólo, sin armadura ni blindaje!

¡Rápido! ¿Dónde hay un agujero?

¿En qué oquedad, en qué calavera calcárea me
he de esconder?

Allí te encontraré...

Misterio, soledad, Dios y desierto...

No todo es trivial, ni fatuo, ni sarcasmo,
ni burla...

Hay cosas sagradas...

Tanto en la palabra como en el silencio.

V. UNIVERSO

Quise tentar con la lengua el fondo de las cosas
Y llegar al más lúgubre pozo de pasión
Y saber qué es el pensamiento, la luz, el corazón,
Y qué la transparencia más negra y dolorosa,

Y qué lo escondido, lo remoto de una fosa
De vientres de cielo y de vientres de color
Y amar así los justos términos de la oración
Y así purgar dolor, pesar, oscuridad gravosa.

Y ví que el negro está prendido, cogido en teas
Como alfiler de puño y fuego de cortinas
Que tuviesen pliegues de equívocas preseas.

Entre equívocos y unívocos viven los poetas
Analogías mil, metáforas de piedra cristalina,
De un mirar tan vasto que el amor lo llena.

VI LA PRIMAVERA.

Anónimos vilanos de blanca sementera
Entre surcos de estiércol convergentes
Van abriendo los nombres divergentes
Del color de los pétalos por entre abejas.

Curvas son, las más rectas paralelas,
De una misma semilla con sus dientes
De fruto y de futuros permanentes
Sobre tremendos verdes de las eras;

Y salvas, pólvoras de la simiente,
Gorjeando las eternas golondrinas
Bajo el trono imperial de las cigueñas;

El cielo, limpio con su luz viviente
El calor, en los besos de las niñas,
Y la miel, en palabras halagüeñas.

VII AMOR MEUS, PONDUS MEUS

Hacia ti los mil arroyos del alma
Hacia ti los secretos hilos de sangre
Hacia ti los vientos, hacia ti los aires,
Hacia ti el laberinto de luz de las ramas.

Hacia ti la lluvia de vapóreas mamas
Hacia ti los ecos secretos del hambre
Hacia ti las manos como los estambres
Y los pensamientos, espacios y famas.

¡Oh tú, sola, corazón de los nexos!
¡Oh tú, sola, horizonte de rayas!
¡Oh tú, estertor y suspiro de sexos!

Si diverge el romper de las aguas,
Hacia ti sus tentáculos hechos de eco
Hacia ti los estrechos, carácolas de nácar.

VIII MIS CUARENTA AÑOS.

Con la tarde de los hilos de oro
Entre el tinto de taurinas fiestas
Fanfarrias de fuego y chismes de vieja
Me recojo al retiro que adoro;

Porque soy como campo rastrojo
Que prende en incendio la leve mecha
Del brillo ventral de tus ojos de leña,
Más añeja y más seca belleza que el toro.

Me prenden en fuego los ojos que temo
Me prenden en sed de mirar sin más miedo
Lo tarde y lo viejo que me he hecho solo.

Y así, retirado, me confunden con memo,
En la bruma calina, en la bruma de ciego,
De lo tarde, lo viejo que me he hecho solo.

IX LA CARNE.

La noche temerosa de las habitaciones
La atraviesan los espantos de relumbre
Soles de miedo, medidas pesadumbres
Tan ciertas como el día de los halcones.

Visitan tumbas de reposo de escalones
Todo subir al descanso, los azumbres
Del trasudar angustias, certidumbres
Del miedo de asomarse a los balcones,

Sin fondo, del abismo, los mirones
De muertes soñolientas, en las cumbres,
Despeñaderos de reyes y señores.

Caen los ánimos cegados por la lumbre
Maldita de los ojos, moradores
De la carne, la esclava servidumbre.

X SONETO

Pequeñas brumas las levanta oriente
Cual del Sol, los caballos, polvaredas;
Y del brillar, a lo lejos, montañeras
Nieves, saben los ojos más silentes.

El sombrero y la raíz entre los dientes
¡Abuelo, abuelo de mi naturaleza!
¡Oh padre de la única moneda!
Serenos ante las fauces de la muerte.

Vas con Dios, escanciándole el aceite
Porque roten sus mecanos celestiales
En la vieja almazara de sus series.

Briznas somos, y chispas siderales
Un fognazo, un guiño entre los dientes
Los hombres, los Imperios, las vestales.

XI EL DOLOR.

Malditas curvas de mi rostro retorcido
Se cierran como losas sobre tumbas
Sobre el grito de dolores que sepultan
Mil pozos de cimientos derruidos;

Raíces obduradas del pasillo
De la carne de silencio que retumba
Como un grito, como un llanto de la punta
Sobre el filo, madurado, de un cuchillo.

¡Ay dolor, dolor, no existe grito
Que sepulte el horror de tu silencios
Que proclaman el desierto de mi sitio!

¡Más único, más mío y propio infierno
Que mi nombre, mi culpa, mi litigio,
Que mi llanto, mi grito y mis recuerdos!

XII UN CAPITÁN.

Todo el mundo ya retrocedía...
Había cundido el pánico
Y las huestes de mi Rey huían...

De pronto, vio el capitán el estandarte
De los Reyes milenarios de Castilla
Roto, hecho jirones, por el barro
Y la mano muerta que aferrándole
Cayó bajo un sablazo arábigo...

Y una luz, una luz de la Virgen María
Se le encendió en el pecho tremolante
Por las lágrimas del emprender la huida...

Y el capitán lo recogió, fanático,
Y dio tal voz, en los huesos, las astillas,
Que Dios miró, y el Rey y los hombres
de Castilla,
Y volviendo en sí las huestes de María,
Recobrando el nombre de los hijos de Santiago
Se paró la huida, se dispuso el orden de las filas,

Y tornando a la carga fue aquel día
La victoria sobre moros tanto grande

ANDRÉS IGLESIAS AGUILERA

Que aún resuena la voz en las historias
Que dio aquel capitán, de hierro látigo,

Y el pendón jamás lo parcheó Thalía
Pues fueron sus jirones y sus barros
El premio que el Rey, agradecido,
Dispuso al capitán como regalo...

¡Vivan los reyes de Aragón y de Castilla!

XIII EL HOMBRE.

El planeta, lector, no es más que un villorrio,
Una nimia trifulca de motivo irrisorio;
Un asiento de hormigas, un asiento de odio;
Un clamor desdichado de son transitorio.

Con mis ojos en pos del eterno horizonte
No quisiera quedar pedestal mortuorio
Yo quisiera, lector, si me toca tu insomnio
Que mirases al cielo, que mirases al monte...

Una luz parapleja en lo alto del Norte
Es la misma semilla que robó Monipodio;
Conquistaste tu casa, tu vida y tu solio
Pero ahora, vecino, ¿querrás que no importe?

¿Querrás que se pierda tu lucha sin nombre?
No te creo, somos primos del monte
Y del astro, del agua, del fuego, y Caronte
Nos espera pidiendo la moneda más noble.

XIV MEMORANDUM.

No me mostraré indignado
Ni despejaré mi rabia hacia los otros
Ni presto a imputar los ajenos pagos.

Te rozaré levemente con la dulzura
De mi propio sufrimiento por tus lágrimas.

Sí...

Sé que eres capaz de consuelo,
Y que el mundo se obstina en su dureza
Y que improvisa sus punzones de diamante
Y es como un laberinto de cuchillas.

Estoy contigo. Es duro. Pero se llega.

Procura coger la flor en su perfecta miel
Allá donde esté más cerca de tus labios
Allá en lo propicio, en ese momento, con dulzura.

No niegues lo mejor de la vida.
Aún lucirá el Sol por muchos días.

***XV EL PUSH DE LA CERVECERÍA.
NUEVE DE NOVIEMBRE.***

Siempre viene de lejos
Lo futuro y lo extraño y lo ajeno...

Y aunque no hubiese nada
Llegaría a ello algún seno...

El vacío es imposible,
Ya lo dijo Aristóteles
Y en el más remoto y profundo
Burbujean pensamientos,
Virtualidades y chispas de ingenio...

Se acumuló la tensión,
Se endurecieron los hombros
Se preparaban tormentas
Allá en lo profundo...
En el seno vacío de Alemania
Despojada y grandiosa...

Empezaron como un rumor
Allá en el horizonte...
Sobre el peso de una pluma
Se irguieron cíclopes de granito
Y cóleras vacuas...

Cuando nada existe
Se espera el infierno,
El peso se cae,
La voluntad se malicia
Y llega el futuro,
El terrible futuro...

Así fue como Hitler aprendió la lección
Porque ignoraba que la primera y principal
Es la de saber convivir...

La de sufrir a los otros...
No la de saber matar...
Calzaba pistola, era duro...
Eran otros tiempos, y la guerra, costumbre...

Los coros de borrachos tan sólo deseaban
Una buena parranda,
Una noche de juerga...

Se formaron rumores
Sobre el cielo pensado...

Se abrió con un tiro hacia el techo,
Con el tiro más pírrico de todo el teatro.

Hitler jamás enfrentó esa experiencia,
Salvo que fuera ésa la de su juventud descono-
cida...

¿Acaso mató a otro pordiosero
Por un cuscurro de pan?

Dios sólo sabe lo que la vergüenza se calla...

Años más tarde, nadie supo decir ni cómo ni
cuándo
Había empezado tal baño de sangre;

Creo que Dios convirtió la cerveza en su sangre
En las bodas, veneno, en los ayes, silencio...

¡Convivid, si algo sé!

¡Aprended del villorrio, aprended del infierno!

¡Convivid bajo el techo!

Que el planeta es finito
Lo mismo que el cielo,

Y si el cielo es finito
Las miradas convergen...

Algún día, lector, hallarás tu reflejo
En ajena pupila, en ajeno espejo...

¿Será odio o amor lo que encuentres?

¿Amistad o dolor?

Ahora dime, lector, si no hay Dios...

¿Existe alguna diferencia?

Si no hay Dios,
Hitler y un santo son la misma persona...

Y valen lo mismo y merecen lo mismo...
Porque aguardan igual conclusión...

La nada...

Igual castigo, igual premio...

Éste mi credo... hay diferencia,
Es tibia, es débil,
Entre Dios y la nada...

Sobre ella se yergen los persas, los griegos, ro-
manos
España, el Islam y el entero Universo...

Tu vida también...

Si no la hay, ¿qué vales, o qué mereces?

Y su premio es la paz...

XVI LA VENTANA.

Microscópicas junglas de geranios
Por entre partos ataques de mirada
Entre idas y venidas al amor hurtadas
Por entre rabos de ojos de mil radios...

Un cuadrado rectángulo de varios
Mirares ventrales de mil mortificadas
Prosas abúlicas de viejas cotidianas
Aferradas a la burla de los sabios...

La ventana, estanca con su rayo móvil,
Es el mismo marco de un mirar ajeno
Soñador de abulias de constancia fósil...

Mientras llueven los jóvenes inquietos
Y el pulso de los tráfgos, indócil,
No detiene ni el golpe de los muertos....

XVII LA TIERRA

Aluvión de los tiempos es la tierra
Aluvión de los soles
De las rotaciones y de los espacios
Sementera de cosas que importan
De nimias diferencias
En la linde entre vida y desierto.

Entre agua y fogata sidérea
Van los caracoles
Trasegando los magmas del barro
Su mundo, los jardines de rosas
De las aguas, querencia
En la linde de un sueño despierto.

El barro y el agua yo voy ardiendo
La más mía, de honores,
Más profundos de tumbas que van resonando
Entre muros raíces que las soportan
Con la gran vehemencia
De ser linde venérea entre sexos...

Van rodando las ubres, consumiendo
Hasta, resplandores,
Los postreros escritos que van anunciando
Desde primas, postreras, las últimas gotas

Con la gran trascendencia
Del talud de la linde entre tontos y genios.

Lo sostiene, el cordón de las aguas, la tierra
Entre huertos de flores
De la caja de huesos que váse chiflando
Con su magra, escasísima monta
De tener la conciencia
Que la tierra trasiega en quedar cementerio.

Cuando ya nada quede, al final de los tiempos
Lucirá la redonda, lucirá la más buena
Entre tibios candores
Muchacha de virgo de resplandores...
La más pura canción oíremos tronando
Cual rumor de las aguas más hondas
Que será transferencia
De las lágrimas puras de morir en desierto.

XVIII ESPERANZA

¿Recuerdas aquel rato
Que te pasaste esperando
Al que le daban el nombre de vida?

¿Recuerdas aquel suicida
Que se hartó de esperar tanto?

¿Recuerdas aquel jarro de agua fría
Que gota a gota se te fue colmando?

¿Recuerdas el desengaño
Del amor por Rosalía?

¿Recuerdas la luz aguardando
En el umbral de tus días?

¿Recuerdas la melancolía
De desvivirte esperando?

Un sólo y gran mandato
Dicta la filosofía:

Si vives desesperando
Resiste...

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Si se murió tu alegría
Resiste...

Si la pena te está matando
Resiste...

Si nadie de tí se fia
Resiste...

Resiste por otro día
Que siempre está amaneciendo
La nostalgia
Si olvidaste tu alegría...

XIX A MIS PADRES

Padres queridos que en estrecha unión me hicis-
teis
Tristes testigos de mis melancolías
Que la tierra irguió de un seno que sufría
De muda viudedad, sin el amor que os distéis...

Así ennoblezca el nombre que mi arcilla viste
El vuestro, con blasones de alegría
Y el callo de las manos de mis días
Diga la honrada sangre que me distéis...

Y no perturben malas sombras vuestro sueño
Ni en la vejez, ni en la postrera orilla
Que el vástago dejáis sobradamente injerto

Como agua en secano de anónimo desierto
Verde nombre de culto de Thalía
Que será, de vosotros, el mayor manifiesto.

XX LA AURORA DE DEDOS DE ROSA

Hacia el carmen cotidiano avanzan las espinas
Del ensueño cimentado de obras prodigiosas
Cual tentáculos fabriles de piedras onerosas
Que Sísifo maldice y paren las gallinas;

Pariendo noche y día la misma travesía
Por idénticas cortinas vaporosas
La carga soterrada de leyes tan gravosas
Que se han hecho costumbre de luces matutinas;

Por entre rayos de filos de Caudinas
Horcas de rosa, labores trabajosas,
Y un cimiento de nubes de hornacina,

Pirámides luceros sopesan en la cima
El Sol, que viste sus escalas amorosas
De ciudades y torres en perfecta simetría...

Órdago del hombre, de raíz, si armoniosa.

XXI BIZARRÍA ARCANA

Un millón de leones en la noche de los tiempos
Batiendo los oscuros telones de calcáreas
Membranas incorpóreas y luces cesáreas
Rompen los muros hechos del más puro silencio,

Sobre un pequeño islote, el cual, deshecho
En medio del imperio arcano de las aguas
Navega indemne, golpeado por su rabia,
Hacia los mismos templos puros del desierto

De donde las fauces de la noche de los tiempos
Entre partos, apreturas y vómitos de ansias
Tembloroso, frágil y mudo le parieron.

¡Es niño!, dice otra vez la matriarca
La negra madrastra de la misma Parca
Y el ceño roto, quebrado del Patrón

Le ha de mirar con su mirar de hacha
Y el Sol y Luna que pondrá sobre su barca
Le harán bautizar con el nombre de Razón.

XXII MARIANA PINEDA, MUJER Y PLAZA.

Un muy secreto día de fracaso
Ha descendido sobre los moradores
De una plaza consagrada a los amores
Del callar de los besos, los abrazos.

Tristes son los errabundos pasos
Que conducen macilentos soñadores
A la fuente empedrada en miradores
De rumores acuáticos de ocaso.

El color del secreto fagonazo
De tristes y perdidos amadores
Es el cárdeno de tantos moratones
De un linchamiento de pueblos de fracaso.

Esculpida la leyenda con el mazo
En la piedra está, al callar de los amores
Y el mérito al silencio de traidores
Lo consagra la plaza de villanos.

Un secreto casi mahometano
Vigila cada esquina; y en los balcones
Amenazan viles francotiradores
De murmullos y vida de falsarios.

ANDRÉS IGLESIAS AGUILERA

La vida sigue con ritmos cotidianos
Y el rumor y el secreto de las voces
Lo sepulta la piedra en los honores
Al silencio gastado en los vergazos.

Ella vive, que murió por un tirano,
En el heroico callar de sus favores
Mientras paisanos, turistas y mirones
Publican sus vergüenzas y gargajos.

Si Mariana murió por estos pagos
Tiempo ha que murieron los valores
Que el silencio defendió de traidores
A su muerte consagrada en los abrazos.

Y un villano persiste, deshonorado,
Proclamando su potencia y sus cojones
Y pervive su vergüenza en los clamores
De tantos sinvergüenzas publicanos.

XXIII LA PAZ

Mares de espacio, lentitud reparadora,
Y asombro sincrónico de rotaciones
Ante las aúlicas, divinas perfecciones
Del clamor de la paz menesterosa

Atraviesan sociedades tan ruidosas
Que confunden el chillar con las razones
Mientras crecen, desde el suelo, los clamores
De la única hierba milagrosa

Que es el pasto de todas las naciones
La decencia y el Dios que, fundador,
Echa leña o agua a las pasiones,

En el hogar añejo y soñador
Del pecho de caudillos y señores
Porque luzca su divino resplandor.

XXIV VEJEZ

Ya tan viejo se hace el corazón marchito
De haber subido tan altísimos, los montes,
Que ya son grietas las venas de los hombres
Y garfios se les tornan sus manos de malditos...

Y al caer desgarran sin pudor todo vestido
De líricas metáforas y exquisitos nombres
Cendales sencillísimos, tejados que no asombren
De culpas antiquísimas y vicios tan benditos

Que hacen correr la sangre de jóvenes cabes-
tros...
Las guerras por el tinto, y por la pura sangre
De nichos silenciosos de podridos incestos

La vida con la muerte unida en tanta hambre
Que sólo el legionario la sabe, tan experto,
La causa temeraria del filo del alfanje...

Y el último suspiro del viejo Padrenuestro.

XXV

Es la vida quien susurra sus secretos
Del un rincón al otro del planeta
Del un viento al otro, entre tormentas
Del polvo al ser humano, entre bocetos

Tejiendo en las Repúblicas concetos
Entre tibias sugerencias y promesas
Y voces dulces, y miel de las abejas
De tenue aleación con el acero

Del secreto sicómoro hasta el abeto
Y, en medio, tristísima roseta
Con el hombre, las armas de su miedo

Con el hombre, después de las hogueras
Y cargada, como aviso de su Imperio,
Cargada al hombro y lista, la escopeta.

XXVI SIN TÍTULO.

Cuando la tarde declina
Y la brisa refresca
Y me tengo a mí mismo
En medio de sus luces palaciegas...

Y tengo el recuerdo de aventuras increíbles
Y de haber vivido en el ojo de un millón de huracanes
Victorioso
Sin que me hayan hecho perder la sonrisa
Y tengo la certeza de que mi vida ha merecido la pena
Entre los juegos de los críos que contemplo
Y sus risas y sus puntos de orgullo
Y las sombras se van alargando sobre los geranios de mi balcón
Y la cena está lista y la familia se reúne
Y hemos sido justos, amistosos y honestos
Con quien lo fue con nosotros
Y no hemos guardado rencor
A pesar de sufrir invectivas y pullas de veneno
Y noto poco a poco que todo se va deslizando hacia el olvido
Mientras los muchachos y muchachas remolonas
Se buscan en los parques
Para darse el último beso del día

VERSOS DE CRISTIANO VIEJO

Llamándose a sí mismos enamorados
Y se conoce el frescor de la humedad en el aire
Y tiemblan las hojas del nogal
Soy feliz.

No he salido en la televisión.
Mi nombre no retumba en las discotecas
Ni en los carteles del neón.

He vivido pacífico y anónimo
Sin rehuír el enfrentamiento
Y ahora, encarando la noche,
Me noto sumergirme en la gloria...



EPÍLOGO EN PROSA POÉTICA.

Verás, lector; soy una persona exaltada en solitario; quiero decir que, a solas, se parece a un derviche maniático. Llevo tantas medicinas en el cuerpo y la cabeza, que debo de haber perdido tiempo ha la sinceridad para con mis emociones, o la semejanza de las mismas con las que a ti te acosan y te perturban. Lo único que me queda, en el retiro siquiátrico en el que vivo, es la libertad de estas páginas; aunque me hayan recomendado el silencio literario como terapia para evitar el consumo de alcohol, a la par que acepto el medicamentoso que ellos me proponen, en negocio y respuesta les devuelvo, y a ti te ofrezco, estos ejercicios de libertad poética en prosa; aunque haya escrito otros textos en prosa en tiempos más infelices para mí, y de peor catadura, quizá estos son la racionalización más pulcra de mis delirios personales. De esta manera, a través de su ficción, podrás conocerme un poquito mejor.

Un último apunte: no soy una persona inestable psicológicamente; puedo cabrearme —y, cuando lo hago, llegar a ser terrible. Pero no se me va el bolín, aunque lo que aquí te presento te pueda llegar a insinuarlo. Por qué o cómo lo consigo, te lo acabarás preguntando a la vista de esto; aunque los vendedores de patrañas lo achaquen a la medicación que me suministran creo que, en definitiva, se debe a una buena dosis de sentido del humor. Tómalo por lo sardónico, si así te lo parece; pero coincidirás conmigo

en que aunque llamemos normal a lo frecuente, esta vida no tiene nada que se pueda llamar normal; disfruta del paisaje. ¡Un abrazo!

I

Javier era una persona solitaria. Como por detrás de un cristal veía pasar la vida afanosa, llena de sonrisas, movimientos y efectos que no terminaba de comprender. La gente medraba, simplemente, sin mayores interrogantes. En ocasiones, uno de aquellos peces que se movían en el acuario que él contemplaba, atravesaba el cristal y se le acercaba con comentarios, curiosidad o, simplemente, sentido del humor. Sistemáticamente asustado, él hacía todo lo posible por devolver al travieso animal al interior del acuático recinto, bien por detrás de aquel vidrio protector que de ellos le separaba. Se sentía solo, sí, pero estaba dispuesto a pagar semejante precio a cambio de no tener que sufrir la sociedad de conocidos, amigos y enemigos. Cuando alguno de aquellos seres se llegaba hasta él para ponerle por testigo de su propio asombro de sí mismo o de algún tercero que había incurrido en escándalo de inexplicable motivación, él se encogía de hombros, incapaz de sorprenderse ante la que a otros les parecía locura vergonzosa y digna de comentario; bastante había visto él como para llegar a maravillarse de la gente. Ésta, simplemente, se movía; y los únicos movimientos de la misma que a él le preocupaban eran los que hacía en

dirección a él; temiéndoles como a fieras alimañas, Javier cultivaba una sonrisa ecuánime y hacía todos los esfuerzos posibles por llegar a convencerles de que él, lejos de ser un peligro, era de suyo pacífico, amistoso y afable, que era la mejor manera de evitar la depredación social. Por la misma razón, se abstenía de todo punto de dar pábulo a rumores perniciosos o a murmuración de pecados ajenos; y aparte de que ciertamente le importaba muy poco la vida del vecino, había descubierto que no meterse con nadie era la mejor manera de lograr que no se metieran con uno. Aunque, por supuesto, ni siquiera aquello era garantía de esto. El resto lo hacía su tamaño, que había crecido alto y de aspecto fuerte, y su andar reposado, que traslucía regalo, serenidad y el gusto de moverse en salvo. Habiendo crecido canijo, tardó mucho en darse cuenta del desarrollo de su cuerpo; y no adquirió conciencia de que era grande y corpulento hasta que su conducta empezó a ser la del temerario consumo de estupefacientes. Pero, una vez tomado el aviso, se relajó su deambular por la calle, olvidado el antiguo miedo de pisar el tranco de la misma y la asfixiante angustia de los espacios abiertos llenos de gente de la que no conocía las trazas, la religión ni los instintos. Pero persistía en él la terquedad a la hora de rechazar invitaciones de conocidos y amigos de su familia a fiestas, excursiones, prácticas deportivas y este tipo de reuniones. Por lo contrario, disfrutaba buceando en la soledad de la filosofía, en libros imposibles escritos para única satisfacción del intelecto; porque la de los filósofos le parecía muy bien esa raza tan común a la suya que miraba al resto de la Humanidad moverse en la misma pecera en la que

él la veía. Sólo tenían que enunciar una frase ingeniosa u obscura para, al instante, hacer picar el anzuelo a algún incauto. Así también compartía con ellos la idea de que la existencia necesitaba de palabras milagrosas y aladas, de paisajes verbales tan extraños como la misma vida que él vivía. Lo hacía pues, como único habitante de una pequeña isla guarnecida por fosos y murallas, desde cuyas almenas contemplaba el trasiego de los navíos por el horizonte. Y así, no se daba cuenta de que quien vivía en la pecera era él; y que el resto de la gente era libre de moverse sin miedo por los espacios abiertos. Pensaba, además, que la soledad era como una vaca que había que ordeñar hasta dejarla seca; se decía que sus rincones secretos, sus voces manifiestas y sus recónditos pensamientos poseían las llaves para abrir todas las puertas imaginables; y que en su isla crecían también todas las especies de flora y fauna que pudiese haber en la de cualquier otro ser humano en el mundo, desde el más humilde al más encumbrado. Sólo tenía que cultivar pacientemente para obtener tal cosecha que, dejando pasmados a todos los circunstantes, le granjease definitivamente su admiración, su miedo o su afecto incondicional. Pero en verdad, mientras llegaba este momento, conocía la desesperación y el desapego por la vida, aunque ya no llegaba a los extremos de sus tiempos alcohólicos, cannábicos y benzodiacepínicos. Había rehecho su vida en cierta medida y su caminar era ya sobrio y seguro. No podía fallar: el triunfo le esperaba, hiciese lo que hiciese con aquélla. Con la misma displicencia que se esforzaba en disimular ante los demás, repasaba los libros de sus contemporáneos, echando de menos en ellos, muy

a lo eterno, la sabiduría de los antiguos; le parecía que ningún manual de autoayuda podía compararse con los *Ensayos* de Montaigne. Y cuando leía en una revista que “Los hombres empiezan a llevar bolso de forma natural”, se decía a sí mismo que lo propio de los tiempos que le había tocado vivir era el afeminamiento de los hombres y la machorrería de las mujeres. Lector de Julio César, solía abrir bastante las piernas cada vez que tenía que enfrentar a algún contacto social, plantándose bien en el suelo ante la posible eventualidad de un ataque inesperado. Y echaba de menos los momentos brutales de su infancia, aunque su vida de adulto no había carecido precisamente de violencia. Ciertamente, la echaba de menos tanto más cuanto mayor era su aburrimiento. La acedia era un estado que le impulsaba a fastidiar a quien tuviese junto a él; y cuando no sabía qué hacer ni en qué ocupar el tiempo, echaba de menos larga y melancólicamente los ratos en los que, de infante, era libre de machacar a su hermano menor sin otra excusa ni pretexto que la misma vida y existencia, a la que él había llegado para ser azote de la Humanidad. Eran esos los ratos que, de niño, aburriéndose mortalmente en clase, había dedicado a golpear en el muslo, por debajo del pupitre, a los armarios empotrados con los que los profesores sentaban su menudo y llorón cuerpecillo; y era tal pernicioso costumbre la que le había granjeado la inesperada venganza de aquél de entre ellos que, una vez terminada la lección, se había levantado de su silla a la par que él para propinarle un buen puñetazo en el pecho, que le hizo acuclillarse entre lágrimas, incapaz de entender cómo un ser humano podía llegar a herir

de tal manera a otro por causa de un juego inocente y divertido. Había sido de tal manera, perdiendo siempre en el juego al que se aplicaba toda sociedad conocida, es a saber, en el de zaherir y ser zaherido, como había llegado a amar y a buscar toda especie de soledad. Y recordaba el sueño velado y entrevisto de su infancia, en medio de las miasmas y las fiebres, en el que él habitaba una playa solitaria y salina, desértica y gris, en la que un juego de mozos y mozas algo apartados de él se divertían en perpetua algarabía mientras él se arrumbaba en los rincones y oquedades hasta que una moza, curiosa de su soledad y aislamiento, se acercaba para acariciarle; momento en el cual a él se le encrespaba con gran turbación el grueso abrigo que llevaba por piel.

Esa chica, la de sus sueños, tenía un nombre definido y concreto: el de Laura. La real, a la que conoció en su adolescencia, había quedado impresa en su memoria como depositaria única del verdadero y auténtico conocimiento de la persona de Javier: había conocido su profunda bondad y dulzura ante los infinitos castigos que la vida le había infligido, por la época en que se conocieron. No consideraba que hubiese otro tipo de conocimiento posible de las personas, diferenciándose éstas, simplemente, entre buenas y malas. Todos los demás adyacentes, adjetivos y calificaciones eran superfluos. Y por la época en la que lo único que hacía era frecuentar los bares solía conocer al primer vistazo cuál de los clientes iba a cometer una tropelía, montar un pollo o llevarse algo; leía el mal escrito en sus caras y tenía una viva conciencia de las situaciones de peligro, a tal punto que no era raro que le confundieran

con un madero, porque en toda reunión solía quedarse al margen y ojo avizor. De nada renegaba más que de la esterilidad de los ratos perdidos; y su vida hasta el momento había sido precisamente eso: un inmenso rato perdido. Ni siquiera el espectáculo de los derrelictos que buscaban en la basura le movía a emplearla en algo de provecho para los demás, ni le hacía consciente de su inmensa fortuna en el boleto que le había tocado jugar, porque, en verdad, si bien nunca le habían faltado pan y puchero, siempre tuvo que empujarlos con medicinas. No sabía que, aún así, era uno entre un millón, libre de preocupaciones materiales y con enfermedades que, bien tratadas, no molestaban lo más mínimo. Por lo contrario, devenía en funestos ratos de futilidad, en suspiros de pereza, ocio y sinsentido; y deambulaba de una habitación a otra en todas las casas que hasta el momento había ocupado, como deambulaba por la vida y la existencia sin saber muy bien dónde dejarse caer muerto, dónde echar raíces y plantar el árbol de su vida, siempre esperando, siempre aguardando mientras una coyuntura sucedía a otra, y una oportunidad más pasaba de largo. Se decía a veces: “es menester esperar, deja que pase todo con sangre fría, la vida no es más que esperar la muerte, pásala con un silbidito que ya escampará, después de la sequía viene la lluvia, esta mierda no puede durar para siempre”. Pero, en cambio, la mierda se hacía eterna, inmortal, imperecedera. Y cada día se asombraba más del gigantismo de sus proporciones. Pero ni siquiera en esos momentos echaba de menos la vida del adicto en activo; porque aunque había llegado a escribir que era preferible el infierno que la nada, al presente había cam-

biado de elección: tan profundo era el infierno que la nada era preferible.

Todavía había veces que se preguntaba cómo había empezado su vida a convertirse en cataclismo con piernas. Unas veces situaba tal momento en el arranque de pánico que había experimentado tras sus primeras masturbaciones cuando, en la paz del orgasmo, se había dicho como el necio: “No hay Dios”; pánico al que había seguido una lectura desesperada de la Biblia, aferrando el primer instrumento de la fe. En otras ocasiones, lo situaba en sus subsiguientes lecturas de sicología y sicopatología cuando, merced a ellas, había llegado a convencerse íntimamente de que él padecía una u otra de tales patologías, empleando los largos años de su última escolaridad y posterior universidad en intentar realizar el correcto diagnóstico de su dolencia. En otras ocasiones, simplemente, lo ponía en el momento en el que, libre de las ataduras de la escuela, en sus años universitarios, había empezado por levantarse tarde y no asistir a clase, hasta el punto de que sus horas de sueño se desplazaron de la noche al día, mientras que las de vigilia lo hicieron del día a la noche. En tales velas se daba a dibujar, a escribir o a leer; a veces jugaba con una menorá, moldeando la cera que exudaba la combustión de los cirios; las formaciones del sebo solidificado se le antojaban obras del arte natural y en ellas creía leer los trazos de la locura que poco a poco iba tomando cuerpo en su mente, presidida por un dolor inquebrantable que despedía su luz cegadora desde el horizonte del firmamento, a manera de faro o canto de sirena cuya figura le atraía irresistiblemente. Pero estas preguntas se

venían espaciando en el tiempo, conforme su vida iba a mejor; y también conforme llegaba a la conclusión de que toda vida, secreta y sencillamente, era eso: un desastre en ciernes.

Un sueño había presidido de principio a fin su existencia; Javier era consciente del mismo y por ello comprendía poco a poco que no tenía derecho a culpar a nadie de haber fracasado en su empeño. Era el sueño de la inmortalidad. A manera de vellocino de oro, hombres de todas las razas, condiciones y naciones se habían embarcado en la aventura y el riesgo para dar colmo a semejante ambición. Hernán Cortés había proclamado en su juventud, antes de ser Hernán Cortés, conquistador de México, que había de comer con trompetas o morir ahorcado. Javier no soportaba la idea de pasar desapercibido por este mundo, en el anonimato de un simple ciudadano más. En sus tiempos, la televisión ofrecía a cualquiera que estuviese dispuesto a ello el sucedáneo moderno de la fama: sus figuras eran reconocidas y veneradas; pero Javier rechazaba este medio para lograr sus propósitos. Era demasiado inteligente y sabía que allí, sobre un plató de televisión, no podía haber nada elogiabile o meritorio; tan sólo mostraba gente ansiosa de exhibirse. Él, por lo contrario, quería llegar a genio merced a su mente. Y en tal pesadilla fustigaba su burro con la furia de todos los látigos a su alcance, procurando que anduviese más y más deprisa. Había sido en tal tesitura que, sencillamente, el burro había dicho basta y él había sufrido un colapso casi definitivo. Su historia, pues, era la del fracasado en un empeño heroico, y su tumba sería la del soldado descono-

cido. Todavía recordaba la dedicatoria del libro de astrofísica que un científico, impresionado por sus dotes para la informática, le había regalado en su niñez, cuando él todavía quería dedicarse a tal rama de la ciencia: “Crear belleza”, rezaba, “modelando el cosmos... ¡Bonito oficio, amigo Javier! Con mis mejores deseos para un futuro, sin duda, muy prometedor”. Javier conservaba este libro en su selecta biblioteca de Granada. La dedicatoria llenaba la esquina de su primera página. El tiempo le había demostrado que su vocación se había equivocado de país: España no daba astrofísicos. Daba toreros, futbolistas, mangantes y tonadilleras. Y al contemplar por la caja tonta el espectáculo de las ferias y verbenas populares en que se había convertido la vida de su patria, se decía que sólo había dos cosas capaces de convertir algo en memorable o glorioso: el entusiasmo de los comienzos y la distancia de los mismos. A medias entre la felicidad de lo primero y la nostalgia de lo segundo se desarrollaba la vida común y pedestre, la vida bajo el cielo plomizo de los inviernos, que escondía las solitarias estrellas, tanto más hermosas cuanto más lejanas, las mismas que habían encandilado a la Antigüedad, tanto más egregia, hermosa y noble cuanto más distante. La cercanía de los asuntos humanos que proporcionaba el televisor los despojaba por completo de trascendencia, solemnidad o veneración. Con el espíritu humano sucedía lo contrario que con los objetos físicos: cuanto más de cerca se lo miraba, más pequeño parecía. Y tanto más grande le parecía Dios cuanto más esfuerzo había hecho por ocultarse en el pobre testimonio de los

Evangelios, una covacha rural comparada con el suntuoso palacio de los diálogos platónicos.

Ya hacía tiempo que había dejado de preguntarse cuándo llegaría su dieciocho brumario, su giro copernicano, su segunda navegación. Había malgastado su tiempo en amargarse la vida buscándolo, se había endurecido el callo del corazón hasta ser capaz de contemplar impasible su propia miseria física, moral y cognitiva. Se había arrastrado por los rincones umbríos del ser, llenos de setas perniciosas, infectos de pavores secretos y venenos; se había hecho a la herrumbre de todas las potencias de su cuerpo y de su alma, había abandonado amigos, patrimonio y familia, aún sin distanciarse espacialmente de ellos, en busca de algo mejor, de algo distinto, de un sueño que desde lejos parecía zarcillo de perfume delicado pero que al golpearlo de cerca se revelaba hecho de acero y hielo, había intentado romper con la cabeza el diamante de la realidad, había huido en noches de tormento buscando agarrar un hilo de luz de Luna con el cierre de sus puños... Ya era bastante. Ya era bastante, se decía. Hasta aquí hemos llegado. Ebrio de furia, ebrio de frustración, ebrio de rabia, se había transfigurado en endecha espectral. Pero todo tenía un término, un límite. Javier lo había sobrepasado con riesgo de su vida y cordura y ahora, poco a poco, con la espaciosidad del convaleciente, intentaba regresar, un vacilante pie detrás del otro, al terreno de los vivos y mortales, cruzando de regreso la frontera cruzada ilegalmente. Si alguien se lo preguntaba, estaba en condiciones de decirle que el más allá estaba hecho de abismo sobre abismo y que el vacío pesaba más que la Tierra colosal.

No guardaba recuerdos materiales de su existencia; ni fotografías, ni grabaciones en video. De hecho, le parecía curiosa la afición de los demás a portarlos en cualquier lugar, preferentemente en el móvil. Las instantáneas le parecían fútiles empeños de apresar un momento de la vida, que jamás regresaría igual. Hacía tiempo que perdió la carpeta de su adolescencia, en la que guardaba algunos dibujos, recortes de prensa y anotaciones personales. A veces le hubiese gustado poseerlos, para poder repasarlos de cuándo en cuándo, como hacía el resto de la gente. Pero no por carecer de conciencia del paso del tiempo, si no, más bien, por hallarse en contra de intentar retenerlo mediante imágenes, que era el vicio de su tiempo. La televisión estaba desplazando la inteligencia desde su sede natural, que es el concepto del discurso, a la imagen; pero, también él presa de aquella misma degeneración, había sido incapaz de encontrar las palabras adecuadas con que responder a la terapeuta cuando ésta dijo que pensamos mediante imágenes. Tal cosa era evidente, una cuestión de hecho; el primer contenido material que enfrentaba la conciencia tras unos párpados cerrados era una imagen o un sonido, o un olor, una sensación, en definitiva. Pero Javier había estudiado lo bastante como para conocer que tal cosa no constituía un pensamiento, si no un recuerdo. Bien lo sabía él, acostumbrado a estudiar los ecos misteriosos de su cavernosa soledad, merced a lo cual se había hecho con un vocabulario experto, adecuado a toda clase de introspección, que sólo podía encontrarse en los textos de filosofía que fatigaba sin cesar. Así también, había llegado a darse cuenta de que la aspiración más común de

cada ser humano era, valga la redundancia, llegar a ser uno con el resto de la gente, es decir, comunicarse y comulgar con ellos; la titánica búsqueda de la verdad, el inmenso aparato de la ciencia, no era otra cosa que el anhelo insuperable de las masas por establecer algo universalmente válido para todas ellas, en todo tiempo, lugar y circunstancia; el significado de la democracia no era únicamente el gobierno de la mayoría si no, más allá, la universalidad de la verdad. Lo penoso y triste de la realidad, bien alejada de las bonitas idealizaciones filosóficas, era que había algunos que querían vivir al margen del resto de personas, en el mayor pedazo posible de la Tierra que compartían. Es decir, que antes de derribar murallas, se dedicaban a levantar lindes por las que pleitear. También toda su misma conducta tenía un punto de aristocrática reserva y comedimiento; y aún viviendo en permanente contacto con la mayor intimidad de emociones y sentimientos de las terapias de grupo, en las que cada cual se desnudaba hasta el corazón, conservaba un punto de retranca; ignorante, por ejemplo, de la manera de distinguir una broma de una afrenta, no gastaba ni las unas ni las otras y, de esa manera, se quedaba al margen de los chascarrillos que corrían en círculo por entre el resto de los jóvenes pacientes. Extraño también por sus gustos e inclinaciones filosóficas, nada comunes entre la mayor parte de los drogadictos, no sentía la afición de los demás al gimnasio al que estaba obligado a ir, como todos ellos, ni participaba en los deportes de grupo. Pero sus compañeros sabían que en él tenían a uno más: franco, abierto, comprensivo y cada vez más dueño de sí.

Su tiempo, pensaba a veces. La marca de su tiempo era la adoración por la tecnología. No era una época de grandes avances teóricos si no que, más bien, se estaban cosechando en cuerpo de materia tecnológica los descubrimientos hechos hasta el primer cuarto del siglo XX. Los mayores logros de la mente eran las obras de ingeniería; y Steve Jobs y Bill Gates eran los dos paradigmas del hombre triunfante mediante su cerebro. Lo que no se podía aprovechar para sacar un producto al mercado quedaba proscrito de la categoría de lo verdadero. Los líderes políticos le parecían tuertos conduciendo a un ejército de ciegos. ¡Ah, si a él le dejasen mandar! Ponía en pie al mundo entero. Una de sus enloquecidas ideas de juventud había sido postular una doctrina legal sobre el espacio exterior contraria a la promulgada por la O.N.U., que afirmaba que el espacio sideral es propiedad común de toda la Humanidad, sin que nadie pueda arrogarse el derecho de poseerlo. Por el contrario, y para estimular el avance de la carrera espacial, él postulaba la conveniencia de establecer la ley que tan buenos resultados había dado en la frontera norteamericana: el primero que convirtiera en habitable un terreno en la Luna, tenía derecho a quedarse con dos mil metros cuadrados a su alrededor. De aquel imposible y visionario sueño de juventud le había quedado la idea de que la empresa espacial podía ser un motor gigantesco para tirar de las economías en recesión; la suma de esfuerzos provocaría el pleno empleo; la tecnología a desarrollar favorecería la investigación y los avances en todos los campos; y los beneficios mineros podían dar cumplida satisfacción a las más astronómicas

inversiones. Por no hablar del hecho de que, desde el nacimiento de la Bomba Atómica, el planeta que todos ellos habitaban se había convertido, poquito a poco, mientras los buenos ciudadanos dormían el sueño de su tranquilidad, de la noche a la mañana, en un gigantesco polvorín nuclear.

Fuera como fuera, y en los ratos en los que se hallaba más capaz de asentar sus pies en el suelo, no dejaba de sorprenderle cómo en el hombre, tan minúsculo en relación al todo, tan pequeño que por fuerza debía de ser invisible a los dioses, razón por la cual éstos les parecían a los humanos indiferentes ante el destino de sus asuntos, cabían tamaños infiernos y tan altísimos cielos, tan grandes alegrías y tan hondos pesares, tanta confusión y tan palmaria evidencia. “Con lo pequeño que soy, bajo la cabeza de los astros milenarios, y cabe en mí lo mismo el averno que el empíreo, lo mismo la sima de la perdición que la altura del paráclito”. Menos propenso era a darse cuenta de que, precisamente por ser tan pequeño, por fuerza se le había de ir la vida en pequeñeces: que si éste no me mira del todo bien; que si aquél tiene lo de más allá y yo no; que si el otro ha dicho; etcétera. Por el contrario, se sentía más a gusto cuando observaba la ignorancia del que se hallaba presa de algún enfado o frustración: la inmensidad de los colosos del universo le rodeaba por todas partes pero él, en cambio, se amohínaba porque en terapia le habían dicho que tenía que lavarse más a menudo y echarse más desodorante. En general, y durante toda su vida, la contemplación del cielo estrellado tuvo para él el efecto de provocarle pasmo y admiración, a la vez que elevaba

su espíritu: el Universo le parecía, en esos momentos, una plétora o cornucopia llena de toda la riqueza y diversidad imaginables por cualquier mente posible.

Así mismo, lleno de tales febriles sueños y lucubraciones, paseaba solitario por la existencia, mirando, como decimos, los toros desde la barrera y sin querer intermediar en trifulca ninguna; tiempo había en que, yendo al río se encontró con el tío, y queriendo pescar salió trasquilado. Todavía conservaba tan vivo el recuerdo del dolor que ella le produjo que se negaba a considerar la posibilidad de volver a arriesgar su corazón. Era consciente de que tal decisión, de manera inmediata, le colocaba en un lugar secundario en el espectáculo de la vida que en torno a él se desarrollaba, porque su tiempo le había educado en la idea de que, si a los quince años no te habías tirado ya a la madre superiora, ibas a ser un pazguato el resto de tu vida. Pero estaba dispuesto a ignorar, e incluso despreciar, a las candidatas que nunca le faltaron. Y a veces llegaba a odiarlas cuando ellas le pensaban o le querían bullón, jaranero y alborotador, el estereotipo del hombre ideal que todas las de su tiempo parecían haberse hecho.

Capitán de sus innumerables fantasías, a veces se veía enarbolando una fanática bandera; a veces la existencia le parecía el acorde sostenido del aullido del que cae por un hondo precipicio. A veces le semejava que para vivir era menester saber pasar un camello por el ojo de una aguja. Eran pocos sus momentos prosaicos, porque todo lo solemnizaba íntimamente. El frío de sus manos en el aire de invierno, la luz de un día claro y despejado, la habitación limpia y ordenada en la que leía el periódico, le parecían

espacios llenos de luces secretas que era menester saber respirar. De modo que cuando un entusiasmo transido de planicies espirituales, de elevadas mesetas del alma, hacía presa en él, se movía por el mundo con la devoción del que se mueve por un templo, sin perder de vista el norte de su sagrario, el lugar, fuese cual fuese, en el que ponía el ojo de su mente. Era un infatigable buscador de énfasis y vehemencias y creía profundamente en que sólo en los extremos de cada pasión o actividad se alcanzaba una verdad positiva, porque en ellos residía la realidad. A pesar de haber conocido todas las advertencias de la antigua Grecia, el romanticismo de una acendrada afición por Beethoven le había convencido de que era la desmesura lo que hacía magníficos a los hombres, tanto en el mal como en el bien. Jinete del relámpago, albañil de las montañas, escanciador de las olas, atizador de volcanes se llamaba a sí mismo. En medio de tanta fábula, con el aliento del márgen desfalleciente, se daba cuenta raramente de que se le iban acabando la cebolla o el pisto, de que debía atender a que no le faltase papel higiénico, de que era menester pedir dinero en el centro para comprar el billete del tren a Barcelona. No era, pues, un hombre muy capaz de ocuparse de sí mismo; si no que su mente navegaba por sobre el mar algodónado de las nieblas, entre los fuegos de San Telmo en su memoria y el blanco nuclear de su futuro. “¡Ah...!” se decía, “yo siempre veo más allá, más lejos, más profundo. Si he caído en la drogadicción ha sido por desesperar de la ceguera de los que me rodean”. Y no sabía diferenciar muy bien la inteligencia de las cosas de la osadía con la que atacarlas.

—Párate...—se decía a veces, respirando hondo sentado en la cocina—. Te han dicho que debes estar plano. Ni muy subido ni muy abatido. Calma, calma, respira.

“¡No puedo!”, gritaba al instante su alma. “¡Yo veo los números de colores! El cero es blanco, el uno negro, el dos marrón, el tres amarillo, el cuatro azul, el cinco rojo, el seis gris, el siete blanco, el ocho negro, el nueve verde... ¿Cómo quieren que esté plano? ¡Yo veo un tormenta en una gota de rocío, yo veo una atalaya de frontera en la ventana de mi lavadero, yo veo batallas en una mancha de tinta! ¿Cómo me piden que silencie cada despertar? ¡Yo soy una nación, con lengua vernácula, tradición propia y cultura única! ¡Yo tengo derecho a tratar de igual a igual a cada estado del planeta! ¡Yo dicto las leyes por las que me dirijo y me doy el derecho a fumar en espacios públicos cerrados!”.

La droga le apretaba en ocasiones puntuales, mayormente cuando despertaba de sus continuas ensoñaciones y se daba cuenta de que estaba sentado en un piso vacío y sin partir jayanes con una sola mano; la reserva de sus libros era exigua —tan sólo había cuatro en toda la vivienda y había leído ya los tres y medio— y la televisión no ofrecía nada de su gusto; la música era algo socorrido, pero le hacía consciente de ser receptáculo y no fuente; y en ciertos momentos de su sobredosificación no la soportaba; quedaba entonces el fregar los platos, el barrer la cocina, el despejar su mesa de papeles y anotaciones, el limpiar los ceniceros rebosantes de colillas, el salir a hacer su ejercicio diario. Realizaba entonces estas actividades con cierta prisa y descuido, para poder sentarse lo antes posible y

volver a atender a la calidad de los rayos de luz que iluminaban las motas del polvo levantado por su actividad, a perseguir flores de loto envueltas en el corazón de un sueño, a levantar castillos con puentes de plata, a cruzar la frontera entre la imaginación y el delirio. Recordaba a veces a aquél médico que en su infancia le había preguntado si solía ocurrirle quedarse en súbitamente en blanco, embobado en la Luna y con el santo en el cielo; él le había respondido que no, porque a sus tiernos años no cayó en aquellos ratos en los que su mente quedaba colgada de un cuerno de baba argentina. Y al recordar a aquél médico, inmediatamente asociaba tales instantes con los famosos trances catatónicos de Sócrates. La fuerte medicación tenía sujeto su cerebro pero, aún así, sus vuelos eran inacabables y a menudo quedaba en suspenso, flotando en una ráfaga de aire. Y transitaba la vida entre los silencios limpios de su hogar y el estruendo de las guarniciones en su cabeza.

—Damas, caballeros, dragones, vestiglos, endriagos, villanos de hacha y capellina, enanos portando redomas, brujas de hechizos noctívagos, mariposas de luz polarizada, surtidores de elixires del bosque, águilas de orgullo campal, mixturas de hierbas secretas, ermitas en la espesura, corceles de músicos remos, cendales del canto de un pájaro misterioso, luz del Sol, que incide sobre el gnomon de los valles, no me abandonéis, rezad por mi alma transida del son de violines eléctricos.

¡Ah, y cuánto y cuánto y cuánto había por entrever en los sueños de sus vigiliass! Eran como una puerta que daba lugar a espacios de un prosaísmo secreto semejante

al de un salón casi desnudo de muebles, al de un dormitorio con parqué, en los que él habitaba las brumas de un misterio medieval. Despertaba transitoriamente de aquellos vuelos para darse cuenta de que no estaba haciendo nada y al instante sentía deseos de beber; pero entonces su imaginación remontaba justo antes de aterrizar. Javier quería pocas cosas con la realidad. De la misma manera que veía a los demás al través del cristal blindado de una rueda de identificación, el hecho de que no era más que un pobre drogadicto que no podía conservar un duro en el bolsillo durante su recuperación porque se lo hubiese gastado en tóxicos quedaba vedado de su vista y fuera de su consideración; él era, por el contrario, autor de *La caída de la Gran Babilonia*, poeta próximo a publicar sus *Ensayos poéticos*, creador del inconcluso y magnífico *Cantar de Babilonia*, dueño y señor de la razón justificante de toda desbocada fantasía. Y quería gritar la luz, oír olores, degustar sonidos, oler imágenes a lomos de un corcel abstracto, subirse a un número irracional y pasarse la vida recorriendo a saltos sus decimales, de uno en uno, hasta que, al cabo, llegase a dónde Dios le hubiese otorgado la gracia de reunirse con Él.

Sabía que el paso del tiempo convertiría los trazos gruesos de su lápiz, al recorrer el papel con alguna anotación casual fruto de la observación, en muda orografía del paisaje; que los monos acabarían dándoles lecciones de Humanidad; que el Quijote podía leerse como una metáfora del cristianismo: la parodia de un hombre que lee con tan enfermiza pasión en el libro de las tradiciones de su pueblo que acaba por hacer de su vida la interpretación

de su papel protagonista. Que las partículas elementales eran modos y propiedades de una única y exclusiva materia que quedaban definidas por su localización en el conjunto del todo espaciotemporal; que el ámbito creaba lo llamativo, resaltado y protagonista; que era imposible que existiera una sola cosa sin otra que la mirase y contemplase; que espejo y realidad eran inseparables; que causa y efecto eran dos palabras para definir lo que sucede y la conciencia de ello; que el segundo no iba después de la primera, sino que ambos se miraban en el mismo azogue simultáneo del tiempo; que decir de qué está hecha una cosa era decir cómo estaba hecha; que la causa material era la causa eficiente; que Dios poseía dos brazos con los que de continuo se echaba un pulso a sí mismo; que al principio de los días había dispuesto el despliegue del orden perfecto de las cosas a través del uso y ejercicio del caos, la violencia y el azar; que el Universo era la mezcla de todas las mezclas posibles; que en él era tan inmortal e infinito el peerse como el escribir Hamlet; que era una caja de resonancia que amplificaba cada mínima decisión humana hasta el fin de los tiempos, una especie de masa de cera en la que quedaba impresa la huella de todo acontecer; que los hombres eran capaces de exterminar toda vida por un matiz doctrinal, por la más sutil e inaprensible analogía de los modos del ser; que la pregunta por el nombre adecuado al misterio de existir era la más lejana cosa de una apacible disquisición académica, si no una titanomaquia blasonada de relámpagos silíceos en la que cada persona se jugaba su destino.

Cierta vez, durante el tratamiento, tuvo el súbito deseo de rodear con un brazo los hombros de otro de los pacientes; en ese instante electrizante estuvo a punto de romper el cristal que le separaba de ellos, de cruzar la frontera de otro ser humano. Como consecuencia de ello, todo su ser experimentó un vuelco, presa de las fiebres de la muerte. Sintió golpear su corazón en el pecho, activando todas las alarmas que un próximo óbito es capaz de levantar en una persona. Y tiró al suelo el cigarrillo que acababa de llevarse a los labios, preguntándose si aquél sería el último de sus gestos. La crisis pasó y él acompañó a los dos pacientes que iban con él desde la estación del tren hasta el lugar en el que se separaron, cada uno camino de su casa respectiva. Javier no olvidó aquél aviso. Era la sensación de un peligro físico y mortal la que le llevaba a vivir lejos de la campechanía de la convivencia. No se daba cuenta de que había convertido el orgullo de su soledad en una cuestión de honor tan enraizada en él que su cuerpo se rebelaba ante la posibilidad de romperla. Si hubiera vivido en el Egipto del siglo IV se habría ido a vivir sobre una columna en medio del desierto, convertido en estilista.

Otras veces tenía que vérselas con sus culpas y remordimientos; encender la cámara web de su portátil le recordaba las veces que se había masturbado delante de señoritas en cueros que emitían desde el otro lado del planeta gracias al código robado de la tarjeta de crédito de su madre. Era innumerable la cantidad de carne femenina que había devorado con los ojos, navegando por internet; y escasísima la que había palpado en la sordidez de las

casas de putas de Granada. Del mismo modo, al hilo de tales, le venía el recuerdo de su perpetuo malhumor con su madre, cuando no hacía otra cosa que beber y fumar hachís. De su profundo disgusto con la vida, de la que tanto había esperado y que había resultado ser una sima dispuesta a tragárselo. Recordaba las malas caras, los malos gestos, las broncas salidas, los arranques de furia irracional, esclavo de los vapores etílicos. No era mucho de esto, como se suponía que lo había de ser, lo que contaba en las terapias; si no que se daba a repartir buenos consejos —que allí se llamaban mensajes— entre los que exponían su propia problemática. Todos ellos, de otro lado, estaban hechos de la misma pasta: orgullosa carne de presidio o cementerio. Todos venían arrastrando una larga cadena, como un rosario lleno de pecados, malos recuerdos, desastres emocionales, problemas con la ley e insanias mentales. A unos cuantos les resultaba imposible admitir el tratamiento; en cuanto se les decían a la cara las cuatro o cinco verdades de las que habían menester se revolvían rebeldes en sus asientos, sin querer admitir la amarga medicina de la palabra. Y otros cuantos se levantaba de su silla y salían airadamente de la sala de terapias, sin querer escuchar nada más. Javier mismo lo había hecho en un par de ocasiones, la primera en Fuengirola y la segunda en Granada; las dos veces había recaído con la cerveza.

La cerveza... oro con nieve en la cabeza. Durante la fase activa de su enfermedad la había consumido a diario durante diez años, poco más o menos; el mayor período de sobriedad que había experimentado fue un verano que duró hasta el agobio del comienzo de las clases universi-

tarias, a partir de las cuales tornó a la bebida. Nunca se engañó: de un lado, no creía que sus problemas se debieran al consumo de alcohol, si no que su consumo de alcohol se debía a sus problemas; en esto, sí se engañaba; en lo que no lo hacía era en pensar que aquel camino que había escogido tuviera otro final que el cementerio. Él lo sabía y lo escogía meditadamente con cada tiento que daba a la litrona, sentado en su salón, mirando con ojos vidriosos el día habitado por el feliz y dichoso resto del mundo, ajeno a su tormento particular. En los últimos tiempos, tal era su atrofia muscular que había comenzado a experimentar continuos calambres por todo el cuerpo. Y aún la tos o la risa hacían que se le cruzase todo el pectoral en un solo puño de dolor. Iba sucio y lo tiraba todo allá por donde iba. Y sus peleas con taberneros y porteros de discoteca eran continuas. En definitiva, se sabía montado al carrusel de la muerte, al tren rielante cuya sonrisa lunática enfilaba serenamente el camino del despeñadero. A veces se veía asomarse a la ventana de uno de sus vagones, agitando un pañuelo y gritando lleno de entusiasmo a los que contemplaban su paso:

—¡Adiós, amigos, adiós! ¡Os traeré noticias del país del arco iris! ¡Voy a visitar los siete colores naturales! ¡Adiós, amigos, adiós!

Esos ratos en los que se recreaba en el recuerdo de la bebida, echándola de menos, eran los peores y procuraba hacer cuanto estuviera en su mano, tal y como recomendaba el tratamiento, por quitárselos de la cabeza. Podía recurrir al puzle, a una novela, a las tareas domésticas; pero, sobre todo y por encima de todo, tenía el apoyo de

sus veteranos y de enfermería las veinticuatro horas de la jornada. La recomendación era marcar sus números al teléfono en cuanto tuviese la más mínima tentación; y darle a su cabeza las mínimas vueltas posibles en torno a tal tema; de esa manera, acostumbrado únicamente a beber mientras veía pasar el tiempo, pasaba los días haciendo poco, viendo televisión, escuchando música, leyendo, en resumen, haciendo lo mismo que antes, esto es, ver pasar el tiempo, pero sin el tóxico. Era un maestro en el arte de no hacer absolutamente nada, que es, quizás, la cosa más difícil del mundo; y se quedaba escuchando atentamente el silencio. A fuerza de ello, había aprendido los ritmos de la existencia y se adelantaba misteriosamente a cualquier eventualidad. Como, por ejemplo, la noche que despertó justo a tiempo de oír al viento huracanado tirar su tendedero al suelo del balcón. Era ése un don suyo y secreto, que venía rastreando desde su infancia; el don del poeta.

—¡Estoy tan lleno de cosas! —se decía— ¿Cómo es posible que mi vida sea semejante desierto vacío? ¿Por qué razón puedo contar mis obras con los dedos de una mano? En todos mis treinta y siete años habré trabajado cuatro mal contados; el resto, se lo lleva la enfermedad, la vagancia y la toxicomanía. Y sin embargo, ¡estoy tan lleno de cosas!

La única respuesta que sospechaba para tal paradoja era la de que, sencillamente, había cultivado su soledad, había sido devoto de sí mismo y únicamente se había prestado a depender materialmente de otros durante tantos años para obtener el tóxico; esa relación, la de dependencia, había sido la única compañía que había tenido a su

lado. Consecuentemente, había sido tirante, hosca y malhumorada. Hasta que su madre, como dijimos al principio, le plantó las maletas en la puerta de su casa, obligándole de esta manera a ingresar en el centro. Javier recordaba que, todavía en la estación de Atocha en la que iba a coger el tren que les llevase a Barcelona, le había dicho a su madre, mientras apuraba sus últimos tragos sentados en una terraza:

—¿Cómo eres capaz de hacerme esto, madre?

Convivían en él, pues, lo mejor y lo peor; la autosuficiencia del sabio estóico y la esclavitud del drogodependiente; la insaciable curiosidad del filósofo y la vulgaridad brutal del iletrado; la inteligencia del genio, tan difícil de separar de la estupidez del memo; la elevación del asceta con el gusto por el lodazal del marrano; la creencia en que hay una dignidad superior en ciertos hombres, de cuyas trazas otros carecen hasta de su sospecha, con la bajeza del más mezquino de los sátiros; el inviolable deseo de alzarse con ventura sobre el mar de las adversidades y la voluntad de rendirse antes de que la lucha comenzase; un único gran pensamiento meditado durante una larga vida de renunciaciones, sacrificios y esperas y un millón de otros pequeños que a manera de satélites de aquél colgaban sobre la cuna de su siesta.

“Una sola cosa”, se decía, “es la suma de las cosas que ella no es”. Así, cuando el mundo preguntaba por uno de sus miembros, el miembro respondía de sí mismo especulando. Era mayor y de más infinita riqueza lo que había en torno de los hombres que lo que la filosofía podía imaginar. Porque a Javier le parecía que un soplo de

viento era acreedor a tantas palabras como sal cupiese en una mollera y que un rayo de luz hilaba tan fino su camino al través de incontables vagidos de estrellas, al través de tanto polvo de volcanes, que sólo la diminuta y sagaz pupila de Penélope era capaz de manejar la rueca con su lumbré; que un aullido sordo y desnortado estaba fuera y más allá de las cosas, incapaz de comunicar su secreta desesperación con el mundo de Dios y de los hombres y que si lo hiciera las parecés chillarían sangre y las tapias fusilarían a los sordos; que los hombres anunciaban mayonesa Ligeresa para no tener que prestar oído y atención a este aullido; que si él tuviera el arte de usar el arco iris como tobogán, otro gallo le cantaría; y que si encontrase las palabras adecuadas para obtener la pensión por incapacidad mental no sería justo que se la otorgasen.

“¡Oh, gloria y esplendor!”, se decía. “¡Oh truhán de buen beber, y cómo eres católico! No estaría bien que te llamasen cátaro, templario o masón, porque tú perjuras como un bellaco, trasiegas vino como un condenado y fornicas como un alce salido”; al llegar a este punto, se quedaba mirando el reflejo de su imagen en un espejo, con la boca torcida en una leve sonrisa de satisfacción; y, acto seguido, practicaba mil pasos de baile medido delante de tal mueble, gozando secretamente de su soledad.

Alcohólico, artista, fumador de cannabis, psicótico... tales eran los epítetos que el mundo podía atribuirle; pero, ¿y jugueteón peinador de las nubes? ¿y parlanchina locomotora del mineral de los sueños? ¿y sufridor paciente del corazón desalmado del mundo? ¿y arriero de mil melodías en el burro de su ipod? ¿y jayán de cimitarra hecha con

pétalos de añil? ¿y cantante del orbe subido a la cabeza de un alfiler? ¿y ángel de ochenta arrobas de tristeza? ¿y persona digna de escoger como Dios a un tallo de hierba de verano? En su vida no sucedía nunca nada y, sin embargo, ¡todo era tan grave, tan escabroso, tan súbito, tan macabro, tan repentino, tan grotesco! Podía amanecer un día decidiendo que la muerte nos ahonda en mayores tribulaciones que la vida y aún así, considerarla preferible a ésta y aún así, pasar el día serena y alegremente, de un espacio iluminado a otro, una silenciosa estancia a otro; ¡Aquí! ¡No, aquí! ¡No, aquí! Tales eran sus despertares esporádicos, en los que un relámpago de certeza rompía toda la inmensa telaraña legañosa de su meditación y le sacudía íntimamente en vuelcos en los que, de alguna misteriosa manera, lo inmóvil se movía y lo que se movía quedaba inmóvil; eran como si cayese sobre sí mismo, como si se hubiese estado sujetando al límite de sus fuerzas, con la punta de los dientes, con los dos dedos del alfiler hasta que, extenuado, incapaz de soportar su propio peso, tuviera que soltarse brevemente para, en un gesto precipitado e impulsivo, recogerse antes de caer al suelo con el estrépito de lo definitivamente quebrado.

Pretendía sostener un rayo de luz en la palma de su mano, evitaba pisar las lombrices del camino cuando hacía su ejercicio matinal, y ladraba a los presentadores de televisión con todas las maldiciones del Deuteronomio, todas las burlas de Quevedo y las injurias más abyectas que era capaz de imaginar. Recordaba los tiempos en los que, al acostarse, allá en su casa de Granada, alteraba la expectación del aparato que sus padres hacían en la sala

con mil gritos, alaridos, proclamas y carcajadas de tahúr borracho.

—¡Llenad la copa con mis ínfulas, que tendréis harto qué beber! ¡Llenad la copa con mis vientos y presunciones que veréis lo que es una buena borrachera!

Se levantaba temprano, de buena mañana, y lo primero que hacía era encenderse un cigarro, aún antes de abandonar la cama. Acto seguido se vestía y preparaba café, que consumía en silencio, disfrutando de la calma del nuevo día. Después, iba al hotel en el que se alojaba la clínica; no tenía más que dar un par de zancadas para llegar hasta él porque eran éste y su piso muy vecinos. Allí, mientras hacía hora de que le suministrasen su medicación, consumía más café, echando ojeadas desinteresadas a la primera página de los diarios que la institución tenía a bien ofrecer a sus clientes; era raro el día en que profundizaba algo más en la lectura de los mismos.

Después de medicarse, tenía toda la mañana para hacer su ejercicio diario, que realizaba caminando en solitario hasta una ermita, perdida al final de un camino que transitaba por un bosque de una belleza palaciega. Después leía, anotaba alguna que otra cosa y tomaba café, escuchando música o viendo los informativos de la mañana. La naturaleza de sus notas era poética o psicológica; por ejemplo, una de ellas rezaba que Andalucía era el beso del Sol sobre la Tierra; otra, que el orgullo es inversamente proporcional a la verdadera estatura de la persona; otra, que las palabras son las esporas de la mente y el éter de la Humanidad. Con esto, eran pocas las tareas domésticas de que se ocupaba, porque dejaba el grueso de las mismas

para la empleada de hogar que su familia había contratado en su ayuda. ¡Quería conocer Barcelona! Pero su terapeuta no se lo había pautado aún; cierta tarde de las que pasaba en la ciudad capital, en el piso donde se realizaban las terapias “de referencia” —como así se llamaban—, se había arriesgado, mientras aguardaba la hora del comienzo, a pasear por la manzana que va desde el Hotel Majestic, en el paseo de Gracia, hasta la Casa Wells; y se había ganado con ello la severa reprimenda de su tutora. Pero él se veía a sí mismo con respecto a la ciudad como el galán que se prepara a conquistar a la doncella, aunque Barcelona, bien es verdad, tenía el mismo virgo que una ramera y no se iba a sorprender de nada que aquél visitante de provincias pudiese ofrecerle.

—¡Oh, seres que adoráis la obra de vuestras manos, fieles canteros y maestros albañiles de vuestro destino! ¡Oh, arquitectos de la loa, oh aparejadores del asombro! ¡Oh tú, Sagrada Familia, con el salvajismo de la exuberancia! ¡Oh tú, belleza sentada en el vagón del cercanías, que acumulas la mustia palidez de la rutina! ¡Oh tú, ajetreteado ejecutivo y tú, ambulante vendedor de kleenex! ¡Yo, granadino nacido en el siglo XX, os saludo! ¡Bienaventurados los que rizan y peinan las formas del color! Porque hay tanta belleza en una bisma como en un empaste, válgame Dios, que ya me va doliendo esta muela más de lo necesario.

En efecto, el dolor físico constituía, quizás, la única salvedad a una rutina establecida en la que se movía a sus anchas; cuando su muela cariada le propinó una buena coza, pasó varios días deseando morir antes que vivir.

Porque era incapaz de afrontar el sufrimiento del dolor y de ahí, de su profunda flaqueza de ánimo o, quizás, esto él lo ignoraba, de su extrema sensibilidad al dolor, provenía su enfermedad de la adicción, la que le había llevado a ingerir cantidades industriales de fármacos mezclados con alcohol y cannabis. ¡Pero bueno! ¡Ahora llevaba otra vida! ¡La ingesta de ibuprofeno era transitoria, duraría lo que durase el dolor de muelas! Aunque a veces, ante las dimensiones insomnes del mismo, casi se sentía tentado a beber, para romper en un arranque de hartazgo la prolongada sobriedad que había iniciado con aquel tratamiento. Pero sabía que, con todo lo que había puesto el mundo de su parte, no tenía derecho a la ingratitud que supondría tornar a envenenarse a diario.

A veces se veía a sí mismo como un surtidor de silenciosos colores, de unas luces muy puras; otras, como el barrizal gris y espumoso de los desechos industriales que sazonaban los ríos de su tierra. Otras, como la pluma de alcotán llevada en el viento. Otras, como la nariz fría del mundo exterior. Otras, como un alma vaga y sudorosa en la sauna de sus fantasías. Otras, como una libélula de electrones amarillos. Otras, como una matrona hecha de orondos protones azules. Otras, como un transexual neutrón pardo. Otras, como un mareo de Dios. Otras, como el rabo de Belcebú. Otras, como una luna sonajera. Otras, como un cascabel de cataratas fecundadas. En otras ocasiones se daba cuenta de que lo que buscaba era salirse de sí mismo para ganar el dolor de no ser él. En otras buscaba el ensimismamiento porque era el único estado pacífico del hombre. Pero a veces los demás le buscaban

para despertarlo del mismo y entonces, entonces tenía que reprimir su furia y su malicia; y si a los extraños atendía con cortés comedimiento, como un hombre que ya lo ha pensado todo desde mucho tiempo atrás, con su familia no dejaba de renovarse el dolor de ser sus seres más íntimos y queridos aquellos que más le dolían y de los que menos soportaba recibir algún daño.

Su estado de ánimo más común era la exaltación; a veces, el mínimo roce del mundo sobre su ser provocaba en éste vibraciones comparables a las de un potente terremoto. Por lo mismo, pasaba de una alegría loca a una loca desesperación con la misma facilidad con la que encendía un cigarrillo tras otro. El júbilo irracional y la tristeza irracional eran comunes visitantes de su casa. Tan pronto el Sol le parecía muerto en el sudario de las nieblas, como la tormenta se le antojaba una batalla de euforias y sonrisas de traviesos dioses.

—Habrás transigido —se decía—. Habrás llegado a un acuerdo de mínimos contigo; lo único que le pedías a la vida era tóxico; ahora lo único que le pides es manía santa. ¿Un cafetito? ¡Al cuerpo!

¡Oh, y cuánto de magia y esplendor veía él en su torno! Con dedos trémulos acariciaba la luz del Sol sobre la hierba, queriendo beber de su rocío. No. No le comprendían. Los demás no estaban hechos para él. Ni él para los demás. Aún así, conocía que la Teología había tenido que aceptar que Dios no estaba solo, si no que admitía en Él a las tres personas divinas. Pero lo que los demás conocían de la suya era apenas la afable, modosa y cortés superficie, no al derviche loco de sus profundidades.

—El ser humano es un repertorio universal de emociones—se decía—. Pero no somos libres para elegir la que nos domine; sólo somos libres de atizarlas o menguarlas con argumentos. Y aún es poco lo que pueden todas las máximas de la prudencia y la filosofía cuando rompe el amor a través del cuerpo del adolescente, cuando rompe el odio a través del cuerpo de la víctima, cuando rompe el desprecio en el cuerpo del rechazado, cuando rompe el dolor, cuando rompe el placer, cuando rompe la angustia o la planicie de la paz. No son los pensamientos los que dirigen las emociones; si no que son la corona natural de las mismas, el subproducto de las ingles, las tripas y los pulmones; es la emoción la que dirige los pensamientos. Regirse por estos es carecer de emociones y no hay hombre tal sobre la tierra. La inercia de nuestra cabra es imparable.

La mañana era una sonrisa llena de aventuras o un saporífero sermón; el Sol era un puño de fuego, la Luna, un cráneo lleno de cascabeles de hueso, la savia de los árboles, la sangre del color, el bostezo, el gesto en el que se resumía una vida pletórica y consciente de sí misma, el cerebro, una maquinita de los bares, las sensaciones, los velos del amplio vestido del ser, que tendido largamente por el suelo se levantaba en auges de angustia hasta cubrir un paso estrecho, la poesía, una lengua confundida por los dioses, la esquizofrenia, una lengua confundida por los dioses, el aire libre de una primavera, el iris del ojo de la naturaleza, la alegría, un ramillete de colores musicales aprehensible con el corazón. A veces se veía trotando en pelota por los campos en flor con las manos abiertas bo-

cabajo para guardar el equilibrio de su eufórico cuerpo; otras veces se veía blasonando el acero de su armadura con el cementerio de sus enemigos. La realidad le parecía la quintaesencia de todos los desengaños humanos y la perfecta ficción de Dios; los seres humanos vivían y medraban en el sueño del Ser Divino, a manera de huéspedes de su onírico mundo. El Sol de los campos rizaba el verde crepitante de la hoguera de la vida, el verde aullante que trepaba hasta el cielo y la Luna visitaba inoportunamente el miedo de los locos.

—¡Oh, carrusel de fantasías! ¡Oh aliento que nunca desfallece! ¡Oh, magín inopinado y febril, qué poderosamente embistes!

Uno y otro y otro y otro; más y más y más; adelante, adelante, adelante, adelante... Lo exhaustivo, lo atropellado de sus fantasías le importaba lo mismo que una fuente empedrada de posibles, una fuente empedrada de futuros; ¡Por aquí! ¡No, por allí! En el laberíntico cosmos las líneas rectas eran una ficción matemática de la mente de Euclides y por eso el Aquiles de Zenón se había encasquillado en una de ellas, persiguiendo a una tortuga. En el Universo se daba el movimiento porque sus secretos eran curvos. Del mismo modo, la inteligencia era la capacidad para la inflexión; y el conocimiento era un árbol de sutiles nudos y nexos, un árbol aéreo, hecho del soplo que salía de la boca de los hombres. Del mismo modo, el único que se encumbrase y acabase reinando sobre el orbe mundo, el dirigente universal del planeta que habría de llegar de manera inevitable, tal sólo sería propietario del aire gélido que se respiraba en las cumbres Himalayas. Sería su

mayor artista y escultor; con el martillo y el cincel de su lengua tallaría en el viento los mayores y más egregios monumentos verbales.

—El investigador—se decía—. Es un secreto lascivo; porque el acto propio de la mente es despojar de su ropa a la existencia y dejar en cueros lo que es; la verdad es el acto de desnudar el cuerpo de su objeto. Y el afán de saber es afán de amar. ¡Ay! ¡Ay, que la duela me muele! ¿Hay algo más íntimo, más personal e intransferible que el dolor?

Sin llegar a adivinarlo, lo único que buscaba su mente era colocarse; huir lejos de la paupérrima realidad; embriagarse con lo que fuera, hasta con el más abstracto y vacío de los conceptos. Encontrar no ya un consuelo, si no el hecho de que la vida fuera tan maravillosa, tan llena de alegrías, que no fuese necesario hallárselo.

X

Por la senda de sus abrojos enfilaba el hecho de que era un drogadicto con la inmensa tarea de encontrarle un sentido a su vida cuando esta comenzaba ya a declinar, siquiera sin haberse alzado alguna vez sobre el lodo, sucio hasta aquél momento en todos los sentidos en los que una persona podía llegar a ensuciarse. Siendo joven, él había querido visitar las alcantarillas más recónditas de la noche granadina, hallar la foto en blanco y negro más desgarradora de su vida, sudar los callejones del vómito y la sevi-

cia, deslizarse por el filo de una puñalada trapera, andar entre malditos y mauleros, dejar crecer la barba al rostro del acero, convertir en piedra su corazón, en pedernal de chispas, en roca sobre la que afilar el cuchillo de sus intenciones. De una extraña manera, no siempre consciente, había sabido desde el principio de su enfermedad: cuando sus amigos soñaban con sus futuros académicos, eróticos y profesionales, él se preocupaba de saber en dónde quedaban las casas de asilo de Granada, porque se veía terminando en una de ellas. Ahora, conforme mejoraba, las imágenes se atropellaban en su cerebro: el corro siniestro de los zombis danzarines, que al calor de un porro se meneaban bajo una música atroz y una iluminación delirante; el asesino que no paraba de hablarle al oído bajo aquel estruendo infernal, sin que él llegase a entender nada de cuanto le decía pero consciente, al mismo tiempo, de que aquél hombre estaba pronunciando palabras de peligro; el camello marroquí que le daba una paliza al adicto que no le pagaba; el gitano que le presentaba a los suyos como compañero de prisión, en el corazón del peor arrabal de Granada, en el que las hogueras prendían en plena vía pública y los niños se preciaban según las palizas que sus familias llevaban dadas a los vecinos que los denunciaban; los siete moros ensortijados que le habían arrinconado en un callejón. Había paseado a cuerpo limpio por el mismo infierno y todavía había noches en las que se despertaba sobresaltado, sudando, creyendo que una muerte traicionera se abatía ya sobre él. Pero eran cada vez menos; y los rostros monstruosos que el miedo dibujaba en su mente en cuanto cerraba los ojos habían desaparecido poco

a poco. Ahora se preguntaba el por qué de todo aquello. ¿Por un gen distraído? ¿Porque a Dios se le había ido la mano con él? ¿Porque su padre fue severo y autoritario? ¿Porque las mozas que quiso le rechazaron? ¿Porque no había conseguido triunfar en lo suyo? ¿Porque existían unos seres llamados siquiátras que se empeñaban en que cualquier manifestación síquica era señal de un desequilibrio? ¿Porque en este mundo se repartían empujones hasta en la cola que se formaba para hacer leña del árbol caído? ¿Porque se había volcado en coleccionar desaires, agravios y ofensas para que su venganza y su triunfo fueran tanto mayores con el tiempo? ¿Porque había vivido el llanto, la muerte y la impureza, todo en uno? ¿Porque no había conseguido unificar la mecánica cuántica y la relatividad general? ¿Porque se había asomado al futuro y había descubierto que éste era una puerta trasera? Javier no lo sabía; el hecho permanecía ante él desnudo de causa: era adicto y había pasado diez años emborrachándose a diario y fumando hachís siempre que pudiese robar o empeñar algo de valor. Ahora, con la resaca de semejante juerga, le dolían los quicios del alma, llegado al fin el San Martín temido. Y se veía en la noche en que tundió a palos a su madre, porque no le dejaba salir a la calle para seguir cebando su desesperación y su ruina. De todo este trayecto, sólo había obtenido la certeza de que los verdaderos amantes de la libertad se la pasan en las cárceles y de que lo peor era posible, de que uno podía morir perfectamente en la puta calle sin un mínimo de amor o de caridad.

“Soy un drogadicto”, pensaba. A veces el hecho le permanecía indiferente, tal y como ser varón; pero si de

esto podía preciarse, de lo otro no. Y a veces se asombraba de que no se asombraba ante aquel facto redondo. “Soy un drogadicto. ¿Y qué?”. No lo sentía como una humillación, ni como una fuente de terror; desde su enfermedad niñez y adolescencia, llenas de achaques de salud, se había acostumbrado de tal manera a la desgracia y al malestar que poca tristeza le quedaba en el cuerpo. De hecho, durante aquel tratamiento había visto mejorada la opinión de sí mismo, porque había subido de categoría social. Si hasta entonces se había visto a sí mismo con el estigma de la locura, la peor de las maldiciones sociales, ahora sabía que toda su inestabilidad mental se debía al consumo de tóxicos. Aparte de que, después de haber visto bastante en esta vida, apenas le quedaba capacidad de asombro. Era un drogadicto pero, antes de llegar a serlo, y llegando a serlo quizás precisamente por ello, había visto cosas mucho peores que la drogadicción: la muerte, la locura, el impulso asesino; las tres cosas había visitado la casa de su cuerpo, bajo el techo de su alma. Que anduviese, que respirase, no quería decir que no hubiese visto la muerte: había llegado tan cerca de ella como a alguien de este lado le era posible llegar; era un desierto de rabia y hielo, un veneno frío que acumulaba los años sin obrar, ni pensar, ni hablar, una mordaza de agravios en la boca, un losa lapidaria, como un diamante indigesto en la cabeza, una camisa de fuerza para el corazón; todos los encierros eran metáforas del último y definitivo, el del ataúd; el manicomio, la prisión, la clínica, cualquier puerta de las que lo habían encerrado eran como la tapa del cajón fúnebre. Con el ceño huraño del dolor había cavado en su

alma hasta dejarla sin fondo, hasta que el otro e inverso lado se había abierto, descubriendo el vacío absorbente, descubriendo que la muerte era toda una tentación de pensamiento, que él había intentado poner por obra en tres ocasiones de su vida. Todavía, conforme se recuperaba prolongando su sobriedad en el tiempo, sentía reptar el miedo por su cuerpo; y éste, por lo general, aparecía cuando se descubría a sí mismo en el bienestar; cuando se decía lo bien que estaba y que todo marchaba sobre ruedas sentía un pánico instante, un pavor secreto cuyas raíces y motivaciones quedaban aún demasiado enterradas en él como para que pudiese descubrirlas.

Del púrpura del dolor, de vagas nieblas de añil oscuro, de sangre venosa teñido el cielo, tan negro como el azul, tan morado como la tiniebla... éstos eran los territorios de los que provenía; venía de la tierra del sollozo ahogado, del llanto frío enquistado en la garganta, de la desesperación huracanada, del cementerio de sus esperanzas arruinadas. Y ahora, ahora, por mera privación, negado el no, sólo tenía que enfilear hacia el Sol de la alegría; pero, ¡ay!, éste subía en pendiente arriba. Eran menester el esfuerzo, el trabajo constante, para labrar la felicidad. Y esto era lo que más duro se le hacía. Se había juramentado desde niño con la vagancia y el abandono y tal perjurio era el que más le dolía cometer. En la escuela, se había exigido sacar los mejores resultados con el mínimo esfuerzo; él tenía que ser como los olímpicos, los dioses que viven en la facilidad, aquellos a los que no les es preciso el sudar para vencer. Y ahora se veía abocado a negar todos sus credos por mor de la vida, la verdadera, la resplande-

ciente. Tan lejos de ella que ya ni siquiera sospechaba su naturaleza, tiempo atrás había escrito que buscar la felicidad era embaucarse a uno mismo, porque no existía; y que él reivindicaba la virtud de saber vivir dichosamente en la desgracia. Sin embargo, la reciente experiencia de aquel tratamiento le había demostrado que era muy posible ser completamente feliz; pero que esto requería poner de su parte. ¿Estaba dispuesto a pagar tal precio? Javier, de momento, se limitaba a contemporizar con todas sus circunstancias. Hacía lo mínimo necesario para mantener su sobriedad, a pesar de las advertencias de los terapeutas de que era imprescindible dar el cien por cien para prolongarla en el tiempo. Sin embargo, Javier estaba muy escarmentado de los arranques de resolución, de los impulsos decisivos. Tales habían sido los suyos durante su vida que le habían llevado al mismo infierno. ¡No podía repetirse la historia! El puñetazo sobre la mesa le había quebrado el alma; ahora, no podía resolverse a nada; y los giros existenciales le parecían peripecias de teatro. La ley de la naturaleza era la del mínimo esfuerzo, ¿quién era él para oponerse a la condición de las cosas? ¿Acaso la virtud era la negación de todas las propiedades y enseñanzas de la inercia? ¿Qué motor era capaz de remover Cielo con Tierra? ¿Estaba en él tal semoviente?

Imaginaba su ser como un edificio; a lo que él se había dedicado durante largos años era a buscar la raíz de sus cimientos; y claro, esto sólo podía hacerse mediante la remoción de todas las columnas; en su búsqueda de los presupuestos y las condiciones, la filosofía, cuya tarea era la del minero que baja a las profundidades, descubría el

abismo del vacío, una vez que había removido los sillares sobre los que se asentaba la existencia; era lógico que una persona dedicada a buscar por debajo del suelo acabase cayendo en una poza. Su búsqueda sólo se había realizado a través del ejercicio de la crueldad consigo mismo; era de lo único de lo que podía presumir. Ahora se veía hecho un vendo, cubierto de gasas momias y sangrando las pústulas de las preguntas. ¿Existía un fondo absoluto para el ser humano, un piso sagrado más allá del cual no era posible descender? A Javier le parecía que no; mientras viviese, a una persona siempre le era posible caer todavía más abajo. Y la muerte no constituía obstáculo definitivo en tal caída; el infierno se abría con simas cada vez más profundas, lleno de ecos de voces aterrorizadas, lleno de tinieblas habitadas por el pavor, lleno de tañidos cavernosos y fúnebres. Una inmensa boca tenebrosa, hecha de nieblas de inercia oscura, bostezaba su veneno frío desde el averno. Javier había sentido su roce y había estado a punto de perder la cordura.

¡La cordura, la cordura! ¡Ése sueño imposible, tan finamente entretejido, tan sutilísimamente cercano a la mayor locura! Su primo de riesgo, aquel familiar que le había enganchado al consumo de tóxicos, le había escrito cierta vez un mensaje el móvil; decía que los cuerdos se suicidaban. Y él había recuperado por las drogas aquél matiz de locura que hace a toda vida digna de vivirse, después de perderlo en el sillón del sicoanálisis. ¡Ah, era poca toda la venganza imaginable por los hombres para con aquellos que se sentaban detrás de un despacho a esperar a los

incautos insectos capaces de enredarse con sus telarañas teóricas y doctrinales!

“Suspira”, se decía. “Toma aliento”. “Expulsa el malestar”. No cogería con su mano la llama ígnea, no sostendría la lumbrera con la que su tiempo se internara en la caverna penumbrosa del futuro; pero podía intentar ser medianamente feliz en aquella tierra pródiga de sus ascendientes paternos, con la que se había fundido en un abrazo instantáneo, con la que había experimentado un súbito e inesperado amor a primera vista. Alejarse de los gigantes etéreos, de los molinos brumosos, de los heroicos lances contra las avellanas... vivir la vida cuerda de los mortales, vivir la vida normal, ésa que disfrutaba preparándose la cena, ésa que se recogía en un hogar propio después de la esforzada jornada, la que descansaba delante del televisor sintiendo la felicidad colmar sus huesos. ¿Era poco? ¿Era futesa tal alianza con la sencillez, con la falta de engrimiento, con la humildad del que se sabe? ¿Quién había puesto en su ser la mano y el sello de tan volcánica ambición? ¿Quién le había susurrado secretamente al oído el rumor de las estrellas para que hubiera aspirado a fundirse con ellas? ¿Por qué la vida le había empeñado en tenerlo todo o recoger la nada? ¿Por qué siniestro demonio no había podido vivir en paz consigo mismo? Recordaba los tiempos de su juventud, en los que los únicos momentos, los solos ratos en los que era capaz de sonreírle a la vida y vivirla con la alegría natural eran aquellos siguientes a un mal ejercicio literario, que él reputaba por genialidad pero que andaba como un traje remendado sobre el cuerpo famélico de alguien que no

había conocido aún la vida. ¿Quién le había impreso la promesa que se había cruzado en su secreto pecho, desde la más tierna infancia, desde el primer vagido del que tuviese memoria, de que vencería a la muerte y sería recordado por haber desafiado al prosaísmo de la vida, por haber derrotado a la mediocridad, por haber sido heroico profesionalmente, por haber exceptuado la norma del común, que reza: trabaja y muere en el anonimato, trabaja y muere pobre y desconocido? ¿Era su orgullo innato? ¿Era eso? ¿La espada de hielo que alzaba desafiante apuntando a un rival que se parecía mucho a la imagen de su espejo? Javier no lo sabía. Simplemente, la exigencia de dar más que el común vivía con él como un monstruo vecino que con el simple roce de su índice era capaz de hacerle despeñarse desde las alturas de su autoengaño al suelo de su realidad: la de un adicto en recuperación. Frente a este hecho desnudo, le parecía estar subido en un tren de palabras que aceleraba cada vez más, un tren de palabras que iba cogiendo una velocidad delirante y que tarde o temprano acabaría por descarrilar.

A veces sus viejas máximas, las que repasaba fumando entre papeles, se asomaban desde ellos para abofetearle. “La familia es como una hydra. Cuantas más cabezas le cortas, más le salen”; a nadie sobre este mundo tenía que agradecerle más cosas que a la suya pero, con todo y ello, se empeñaba en negar cualquier deuda que pudiese tener con ellos. Y era especialmente quisquilloso con su padre, una persona orgullosa y trabajadora, un hombre chapado a la antigua que todavía se tocaba con su pañuelo al cuello. Recordaba de él las gafas de cristales oscuros

que le parecían espejear los reflejos de su muerte; recordaba de él su brutalidad, su vozarrón autoritario, el perpetuo desacuerdo entre ellos, la fábrica de venenos que el uno destilaba para el otro, los portazos, los puntapiés en las puertas, las discusiones a voz en grito, la repugnancia que le inspiraba todo su ser y contacto, la amargura de ser su hijo, el miedo que le había profesado desde siempre y le había impedido amarle, la enfermedad que le había tentado con matarle, todo, en suma. “Catalán con botas, gallego con mando y andaluz con dinero”. Él sólo era el hijo pachucho y esmirriado del jefe, el epítome, el decrepito crepúsculo de la dinastía, un cementerio de esperanzas muertas, una verja oxidada que guardaba el paso a una vieja mansión cubierta por la enredadera, la telaraña y el abandono de sus cristales rotos, de puertas desvenecijadas, de fábrica descascarillada. Tales eran los pensamientos funerarios que abarrotaban sus antiguos escritos, que rezumaban vergüenza y odio de sí mismo. Pero, al repararlos, se daba cuenta de que estaba mejorando muy lentamente, a la par que tomaba conciencia de lo mal que había llegado a estar. Muy despacio, como sobre un mar que se va serenando poco a poco, se alzaba el sostenido sosegado de una nota de violín sobre el horizonte, un rocío prendido en las estrellas de una noche despejada, el trino de un ruiseñor en una mañana silenciosa y llena de colores, el goce de su agreste soledad o de su pulida compañía, todo ello conforme mejoraba. Porque era adicto a los albores, era un maniático de la lentitud, un incondicional de los rincones secretos, de los apartaderos, de las

cosas pequeñas y los sentimientos tibios, ahora, después de haber atravesado las tormentas de la pasión.

A veces imaginaba su mente como una pértiga con la que saltar cada vez más alto. No le bastaba el cielo tachonado de estrellas, si no que él quería salir de la octava esfera celestial y mirar desde fuera al Universo. De vez en cuando tomaba su bolígrafo y su papel y hacía cálculos de física; por ejemplo, había ideado un experimento con el que probar los límites de la velocidad de la luz: dado un eje de rotación, un punto de su radio lo bastante lejano del mismo por fuerza tenía que ser capaz de superar esa velocidad, aplicada una determinada fuerza de giro. Otras veces anotaba que los amantes tejían su amoroso telar hecho de susurros entre besos. Otras que el hablar en presencia de la amada era como manejar un antiguo y preciosísimo jarrón de porcelana china y requería de toda la delicadeza amamantada en las fábricas del sueño. Otras, que la muerte era la excepción a todas las condiciones de posibilidad de la experiencia. Otras, que era la supresión de toda la información de los sentidos y la manifestación definitiva del mundo interior, ése que era inaprensible, inasible, ése que de continuo tenían las personas en la punta de la lengua, sin llegar nunca a personarlo. En otras se decía a sí mismo, secreta y angustiosamente, que no podría vivir en paz con su alma hasta que no fuese capaz de fulminar la Historia de la Humanidad con su persona. Otras, que esta Historia era la manifestación de la insondable e incógnita voluntad de Dios y que únicamente por el hecho de desconocerla en su último y definitivo designio los hombres se podían tildar de libres. Otras, que

sólo los objetos distantes podían aparecer revestidos de belleza y distinción, tal y como las pálidas estrellas o los tiempos antiguos. Otras, que la conciencia es la quilla de un barco rompiendo el informe mar de las sensaciones. En otras ocasiones tomaba plena conciencia de sí mismo y sus contradicciones; por ejemplo, se daba cuenta de que su triste carne lloraba mientras su mente se burlaba y hacía escarnio de tal lamento, o acaso se mostraba harta del mismo; y se daba cuenta de que la misión de su alma era la de hacer contrapeso del cuerpo: si éste se ladeaba hacia la tristeza, su mente tiraba de él hacia la alegría; si su cuerpo le pedía jolgorio, su mente le decía que se remansase en la tibia melancolía. De manera que vivía en perpetua contradicción consigo mismo. Así también se daba cuenta de que, en lo que al hombre concernía, sólo había teorías para un extremo del compósito de alma y cuerpo con el que la escolástica lo había definido: era el materialismo, el reduccionismo, aquél que lo había limitado al cuerpo; no existía ninguna posición doctrinal que afirmase que el hombre era espíritu puro y que la carne estuviese hecha de la misma libertad y misterio que el alma. En otras ocasiones anotaba que la filosofía idealista se oponía a la idea de que esta vida pudiese enseñarnos algo. En otras comparaba la suma de conocimientos del mundo moderno con la arbolada cornamenta con la que embestía el cabrío científico.

¡Oh, el mundo hablaba, hablaba de sí mismo! Que si viene la derecha, que si viene la izquierda, que si esto y que si lo otro. Intentemos poner algo de orden, se decía, algo de sentido común. El equilibrio de los contrapesos es

el secreto mecanismo de la Historia. Si gira a la derecha, muévete a la izquierda; si gira a la izquierda, muévete a la derecha. Lo mismo con tu carne, que con tu alma, que con tu patria. Siempre hay que buscar la diagonal, aunque ésta ya nos haya roto el ceño tiempo ha, desde los viejos matemáticos. Verás, se decía: la virtud es una tangente; siempre. Lo mismo vale que Heidegger lo llame el deudor más peculiar que tú la nombres tangente fina. ¡Y olvídate de los extremos!

Pero era imposible: mirando los nublos de lirio se olvidaba del Mistol, del Scótex y del resto de pequeñeces. Y se decía: si existe un núcleo de actividad en el universo, más allá de su mera inercia; si existe algo así como el producto de una maduración, si se da el crecer y la vida es vida, siempre es surgimiento; viene de lo pequeño, de aquello tan pequeño e insustancial que pasa desapercibido; cuando el cielo abre el libro de la tierra, los frutos y las moscas del vinagre son su mensaje y su lectura. Sí, la vida es desequilibrio; la razón es compensación. Por algo hicieron simétrico el patio de los leones. Se acabó la época de los desastres; el apocalipsis sucedió dentro de infinitos milenios, sucederá hace mucho tiempo; ¡ay, mira, ya has vuelto a derramar el café!



ÍNDICE

PRÓLOGO.	5
INVITACIÓN.	9
I PRESENTACIÓN.	11
II ORACIÓN.	12
TRES SOLEDADES	15
III. I Una soledad.	17
III. II Otra soledad.	18
III. III Tercera soledad. La gnosis del pasar.	20
IV. SIETE SOLEDADES	23
IV. I	25
IV. II	26
IV. III	27
IV. IV	28
IV. V	29
IV. VI	30
IV. VII	31
IV. VIII CONFESIÓN	32
IV. IX UN PASO	33
VII CLARO DE LUNA	35
VII. I	37
VII. II	38
VII. III	39
VIII EL BARRIO	40

XIX. EL PRESO	41
X. EL OBRAR	42
XI. UNA PICA EN FLANDES	43
XII. CABEZONERÍA.	44
XIII. PARA LAS VÍCTIMAS	45
XIV. COMPAÑÍA	46
XV. EL TRABAJAR	47
XVI. ROBAR UN BESO EN EL PATIO	48
XVII LA VERDAD	49
XVIII ORACIÓN	50

XIX UN MARINO 51

XIX. I	53
XIX. II	54
XIX. III El Sol Mediterráneo.	55
XIX. IV	56

XX UN GUERRERO 57

XX. I	59
XX. II	60
XX. III	61
XXI. IV CASTILLA	62
XXI. V LA MUERTE	63
XXIII María José.	64
XXIV ANGUSTIA	65
XXV EL SANTO.	66
XXVI CON UÑAS Y DIENTES	69
XXVII LOS NOMBRES	70
XXVIII LA TORMENTA DE VERANO	71

XXIX EL VAGAMUNDO	72
XXX EL NÁUFRAGO	74
XXXI LICENCIA	76
XXXII LOS COLORES	78
XXXIII PRIMAVERA	80
XXXIV MISTERIO VEGETAL	81
XXXV PLATONISMO	82
XXXVI CATALUÑA	84
XXXVII PEQUEÑA ODA A WALT WHITMAN	86
XXXVIII LAS HOJAS	90
XXXIX LA CANCIÓN RUMANA.	96
XXXX A HELENA	98

POST SCRIPTUM 101

I	103
II	104
III. SIERRA NEVADA.	105
IV SINCERIDAD.	106
V. UNIVERSO	108
VI LA PRIMAVERA	109
VII AMOR MEUS, PONDUS MEUS	110
VIII MIS CUARENTA AÑOS.	111
IX LA CARNE.	112
X SONETO	113
XI EL DOLOR	114
XII UN CAPITÁN.	115
XIII EL HOMBRE.	117
XIV MEMORANDUM.	118

XV El Push de la cervecería.	
Nueve de Noviembre.	119
XVI LA VENTANA.	123
XVII LA TIERRA	124
XVIII ESPERANZA	127
XIX A MIS PADRES	128
XX LA AURORA DE DEDOS DE ROSA	129
XXI BIZARRÍA ARCANA	130
XXII MARIANA PINEDA, MUJER Y PLAZA.	131
XXIII LA PAZ	133
XXIV VEJEZ	134
XXV	135
XXVI Sin título.	136
EPÍLOGO EN PROSA POÉTICA	139



